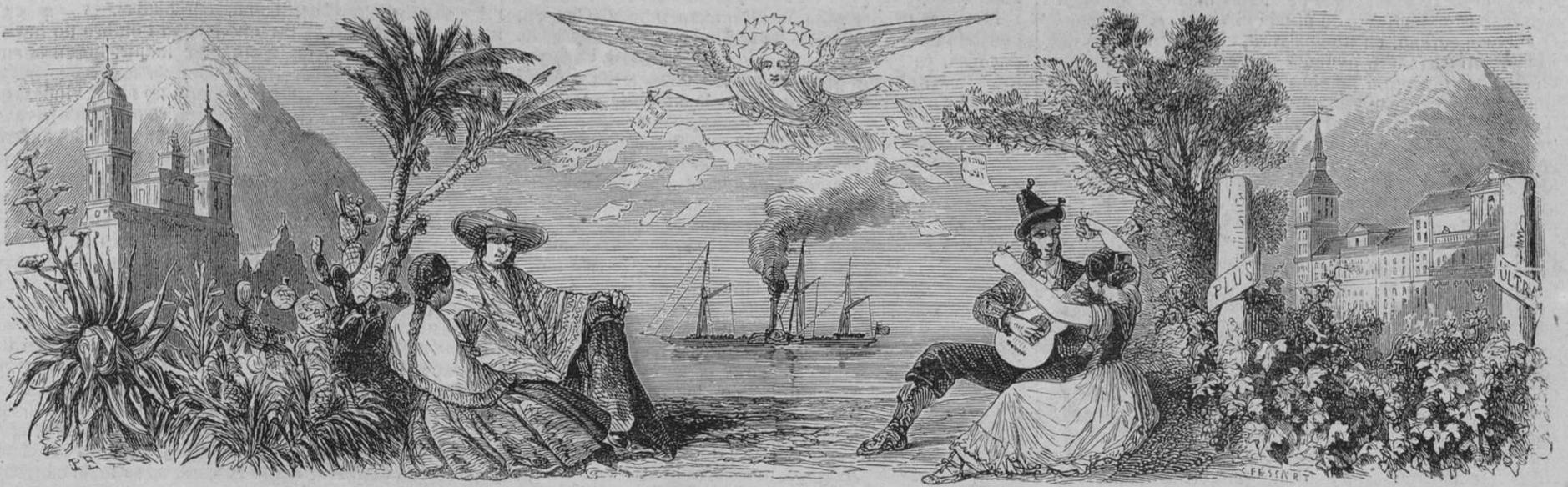


EL CORREO DE ULTRAMAR.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — Tomo XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 579.

SUMARIO.

M. Berryer. M. Thiers; grabados. — El llanto. — El trabajo. — Invencion notable. — Expedicion á Méjico; grabados. — Medalla del cuerpo expedicionario de Méjico; grabado. — Revista de Paris. — Porqué no soy feliz. — El censo de la poblacion de España. — Correspondencia de Cochinchina; grabados. — Paris y Lóndres en 1793. — El carnaval de 1864; grabado. — Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas; grabados. — Un amor inalterable. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — Exequias del almirante Hamelin; grabado.

M. Berryer. — M. Thiers.

La vuelta á la vida pública de M. Berryer y de M. Thiers ha sido el gran acontecimiento de estos dias. *El Correo de Ultramar*, fiel á su mision de dar á conocer los sucesos mas importantes de todo género que se producen en el mundo, ha aprovechado la ocasion para publicar en suplementos á la *parte politica* los elocuentes discursos de estos oradores al discutirse los asuntos de Méjico, mientras se hacian para la *parte literaria* los retratos que figuran en este número. De este modo *el Correo de Ultramar* forma un conjunto completo. Si á veces nuestros lectores encuentran vacios en los artículos de las láminas que se refieren á las cosas politicas, es porque no queremos incurrir en repeticiones que

no podrian menos de notarse escribiendo como escribimos para la misma clase de lectores: nuestro semanario ilustrado se completa con nuestro periódico político y viceversa, abrazando entrambas publicaciones un inmenso cuadro donde tienen cabida todos los sucesos, todas las actualidades que puedan despertar un interés, una curiosidad cualquiera.

Hecha esta digresion necesaria para justificar la no insercion en estas columnas de esas hermosas páginas de elocuencia que han visto la luz en los suplementos á la *parte politica*, vamos á entrar en algunas apreciaciones sobre el talento de los señores Berryer y Thiers, que al cabo de doce años de silencio se han vuelto á mostrar tan eminentes como en la época en que el arte de la palabra tenia tal prestigio en la tribuna francesa, que la voz de sus grandes oradores resonaba en toda Europa.



M. Thiers.



M. Berryer.

La naturaleza ha dotado á M. Berryer con todos sus dones; le ha dado una figura soberbia, una cabeza hermosa y expresiva, facciones en que resplandece la serenidad, pero que anima la pasión y que reflejan todas las emociones de su alma. Su voz, la más hermosa que puede oírse, tiene un timbre sonoro y suave que encanta y conmueve. No olvidemos que el órgano desempeña un papel importante en las discusiones, y que el sonido de una voz suele persuadir más que los argumentos. Si á todo esto se añade el vigor, el arranque, el ademán sereno, en una palabra, el temperamento del orador, no extrañará á nadie que se diga que después de Mirabeau, ningún hombre en Francia había elevado tanto la elocuencia parlamentaria.

Muy singular ha sido el destino de M. Berryer. Tenía todas las cualidades propias del hombre de gobierno, y la inflexible ley de la suerte le ha condenado á pasar toda su vida en las filas de la oposición. La restauración le tomó de la mano, digámoslo así, y le llevó á la Cámara de diputados, para hacer del joven cuya palabra tenía ya tanta autoridad en el foro, el elocuente defensor de su política, el orador de la legitimidad. Casi en el momento en que M. Berryer salía elegido diputado, la revolución de 1830 derrocaba á la rama primogénita y le dejaba desorientado en un parlamento nuevo, donde no veía en su derredor más que adversarios.

Este orador que debía defender los actos del gobierno, ha tenido pues que combatir siempre á los gobiernos. ¡Y qué posición tan escabrosa no ha sido la suya! Jefe sin soldados, « no podía subir á la tribuna, dice Timon en el *Libro de los oradores*, sino cubriéndose la cara y rechazando sus sentimientos realistas hasta lo más recóndito de su corazón. No le estaba prohibido ser elocuente, pero eso sí, no debía serlo en defensa de su causa, y debía dejar que otros recogiesen su victoria; en suma, se le permitía todo, excepto el ser legitimista. »

En efecto, M. Berryer, desinteresado por su posición excepcional de toda pretensión de carterá, podía con la fuerza de su palabra contribuir á la caída ó al triunfo de tal ó cual jefe de partido; podía llevar al gabinete á Thiers, á Guizot, á Molé; pero él tan hombre de Estado como cualquiera de ellos, se veía condenado á permanecer en pie, y así ha permanecido durante los treinta y cinco años de su vida parlamentaria. Quizá por esto la Francia, sin participar de sus opiniones, coloca su nombre á la altura de los más eminentes y mira con respeto el sacrificio.

El talento de M. Thiers es bien conocido: claro, incisivo y rápido, sabe desarrollar sus ideas en un orden lógico, como las escenas de una tragedia ó de un drama. Su palabra no se eleva como la de Berryer, no vuela como la de Lamartine, pero marcha al paso acelerado. La expresión justa acude naturalmente á los labios del orador en sus improvisaciones meditadas. Cuando se escucha á M. Thiers, se comprende que la fuerza de su elocuencia está en el profundo estudio que ha hecho de la cuestión. Nadie improvisa sino lo que sabe, y la meditación de la idea constituye la elocuencia de la palabra. M. Thiers medita mucho, y por eso habla tan bien. En él nada sorprende, pero encanta siempre. Cree uno saber todo cuanto dice, y su habilidad consiste en dar un cuerpo á la opinión diseminada. Resume admirablemente y con la mayor claridad el pensamiento general del momento. Sus artificios oratorios son muy sencillos: expone y conversa. Para que el interés no se pierda en la larga exposición de un principio, tiene cuidado de plantar de distancia en distancia en el camino de su discurso, etapas anecdóticas; la anécdota es como el reposo del auditorio. M. Thiers, cuando intercala en el desarrollo de la discusión el relato de un hecho, sabe que excita entre sus oyentes un deseo mayor de escucharle. Nada hace mejor efecto que la anécdota contada oportunamente.

En resumen, de todos los oradores que han ilustrado en Francia la tribuna política, M. Thiers es el más francés, si no el más elevado. No tiene esos arranques que dominan á las multitudes y las arrebatan, pero posee en alto grado la sensatez, la agudeza de ingenio, la claridad, cualidades de primer orden, así como esa facilidad de expresión tan ingenua que seduce los ánimos y arranca aplausos generales. Esa ingenuidad da á sus epigramas como un derecho de circulación. Pica y no hierde: es un arte inmenso. Escuchar á M. Thiers es comprender: tal es la claridad con que manifiesta su pensamiento. E. T.

El llanto.

No tengo noticia de ningún niño, que al entrar en el mundo no viniera llorando. Si el recién nacido supiese hablar, estoy seguro que nos diría que su llanto es de pena al verse encerrado en esta cárcel á quien sirven de murallas por arriba el cielo, por abajo la tierra y por todas partes la debilidad humana.

Del mismo modo, ya que no llora, se entristece el pajarillo que perdiendo su libertad se ve encerrado en una jaula.

Pero hay un bálsamo que se llama el tiempo, más eficaz que todas las medicinas anunciadas en la cuarta plana de los periódicos. Su destino es cicatrizar las heridas del cuerpo y las del alma, y aplicado este bálsamo al pajarillo sin que él lo conozca, hacele alegrarse y dar muestras con sus gorgeos de que no le es su prisión insupportable.

También el hombre, gracias al tiempo, olvida entre fugaces alegrías dolores eternos. Aunque el cielo de la vida se cubra de nubes, siempre vemos el horizonte dorado por la luz de la esperanza.

Yo no recuerdo si lloré cuando vine al mundo, pero me parece que bien puedo asegurar que no entraría saltando carcajadas por las puertas de la vida. Sería fenómeno curioso un niño que naciera con la risa en los labios.

La cuna, primer asilo del niño cuando llega á la vida, constrúyese en forma de barquilla, ya suspendida en dos ejes, ya redonda por abajo. Así los males y las penas mecen al niño que aun no los conoce. Pero dejad que suelte las mantillas que le colocan en la categoría de fardo, y le vereis flotar sin ahogarse en las olas de llanto que se llaman vida. Es que a fuerza de gastar el depósito de lágrimas que trajo á la tierra para su uso, llega á ponerse su corazón lo mismo que un corcho en lo seco é impermeable.

El hombre ha venido pues al mundo para llorar, como se han puesto en las calles para dar agua las fuentes de vecindad; el llanto es su estado habitual, y la risa no es más que un breve paréntesis de las penas.

La idea de las fuentes vecinales me sugiere una pregunta: ¿el llanto viene del corazón, ó de la cabeza? A primera vista nos encontramos que las lágrimas asoman por los ojos, pero también el agua de las fuentes sale por grifos, y las cañerías que las conducen están tendidas por debajo del empedrado. Si sostenemos que el manantial de las lágrimas está en el corazón, nos contradicen todos los animales que tienen corazón y no tienen lágrimas, ó será preciso convenir entonces en que los únicos seres de corazón son el hombre y el cocrilo (1).

Yo creo pues que las lágrimas salen á los ojos por idéntico mecanismo que el agua á las fuentes de vecindad ó la limonada gaseosa de sus botellas; oprimiendo ese remate del cuerpo humano que se llama cabeza, la presión se comunica al pecho haciendo subir el llanto.

A la manera que por un convenio general celebramos como el *non plus ultra* de la armonía el canto del cisne, que no es más que un graznido semejante al del ganso, y llamamos azul del cielo á lo que ni es cielo ni es azul, así también tenemos por costumbre creer que el llanto es señal de debilidad. « Los hombres no lloran, aunque se vean con las tripas en la mano. » Tal es la máxima que se repite á los niños desde antes que vayan á la escuela. Si se inculcase en la mente de las mujeres, calcularían Vds. lo que sería el bello sexo. Entonces, ni habría desmayos, ni males de nervios, ni otra porción de recursos femeniles.

Y despojadas las mujeres del llanto, ¿de qué les servirían sus gracias, sus ojos, su hermosura? La mitad hermosa del género humano sin lágrimas, sería un ejército sin artillería.

Oyóla el pajarillo enternecido,

Y á la antigua prisión volvió las alas:

¡Que tanto puede una mujer que llora!

Así decía Lope de Vega, persona competente en tales asuntos.

Lo que no pinta el Fénix de los ingenios es la cara que puso Lucinda cuando el pajarillo pasó desde la jaula

Al libre viento en que vivir solía,

pero yo estoy seguro de que no volvió el avecilla á su cárcel porque Lucinda le pareciese más bella con la salsa de las lágrimas. La risa afea algunas veces, pero el llanto no embellece nunca.

Aquí está el problema. Una mujer enseñando los dientes se pone bonita: una mujer haciendo pucheros, no; y sin embargo, esta nos llega más al corazón que aquella: ¿en qué consiste? En que el corazón es, salvas raras excepciones, de la misma materia que el azúcar: y se deshace en el agua de los dolores propios y ajenos.

El llanto no es tan simpático como la risa. En cuanto vemos reír á uno soltamos la careajada, pero no asoman las lágrimas en nuestros ojos al punto que las vemos en los ajenos; para reír no hay necesidad de pensar; para derramar lágrimas, ya lo dije antes, es preciso oprimir la esponja que llaman corazón con el resorte que llaman cabeza. Si no fuera por eso el mundo no sería un valle de lágrimas, sino un mar de llanto en que nos ahogáramos á menos de convertirnos en peces. Y en este caso, como los peces no lloran, nos quedaríamos en seco muriéndonos por falta de agua.

No incluyo, sin embargo, en esta regla general á las mujeres: para ellas tan fácil es llorar como reír, y cuestión de coquetería el enseñar los dientes y el derramar lágrimas. Las mujeres lloran con solo ver á otra preparándose para hacerlo. Eso consiste en que su corazón está lleno de ternura, dirán sus admiradores. ¡Quia! Eso consiste en que á fuerza de acostumbrarse á llorar desde niñas se les han aflojado los muelles del llanto. Así en el rostro del viejo marcan las arrugas la expresión constante que le dió toda la vida.

En cojera de perro y lagrima de mujer no hay que creer, dice un refrán castellano. Bien sé yo que á mis lectores no les parecerá muy galante, pero no por eso, y aunque no lo confiesen, dejará de parecerles bastante cierto. Amenazad á un perro con tirarle una piedra, y antes que la arrojeis al aire echará á correr encogiéndose

(1) A pesar de cuanto se ha escrito sobre las lágrimas del cocrilo, nadie ha visto llorar al que estuvo algún tiempo en el Botánico, y eso que motivos tenía para ello.

una pata y dando alaridos, ni más ni menos que si hubiera recibido el cantazo. Que una mujer os conozca en la cara que teneis ánimo de negar lo que piensa pediros, y empezará á prepararos llorando. ¡Ya se ve! ¿Quién tiene corazón para hacer daño al pobre perro que se queja tanto con solo amenazarle? ¿Quién se atreve á mortificar con una negativa á la débil mujer que ya padece con solo temerla?

El resultado es que el perro corre sin cojear, y la mujer convierte las lágrimas en careajadas.

Las mujeres, dice un autor cuyo nombre no hace al caso, las mujeres, para engañar mejor, lloran cuando más gana tienen de reírse.

De este género, añade otro, son no pocas viudas, que si lloran al muerto es solo por enternecer á los vivos.

Declaro solemnemente que no son más las anteriores máximas; y si callo el nombre de sus autores es por no hacerlos desmerecer en el aprecio del bello sexo.

Si yo respeto la hermosa mitad del género humano, y la llamo *mitad*, aunque pienso que fuera mejor llamarla *las tres cuartas partes*; yo aprecio las lágrimas en lo mucho que valen. No diré como otro autor, primo hermano de los anteriores, que en amor la primera lágrima es un diamante, la segunda una perla, y la tercera una lágrima. No: yo creo que en amor y fuera de amor, desde la primera hasta la última, las lágrimas siempre son lágrimas; es decir, algo que vale más que todos los tesoros del mundo. Porque los diamantes y las perlas se pueden regalar sin sentir nada dentro del pecho, pero no es posible llorar sin sentir algo en el alma. Cuando á alguien se le regalan lágrimas, es prueba de que, sea como sea, algún rinconcillo se le ha concedido en el corazón.

Para concluir: las lágrimas no siempre denotan dolor; también expresan el placer. Cuando la alegría inunda el alma, no sale á la boca en forma de risa, sino á los ojos en forma de llanto. Oid á Metastasio:

Dunque si sfoga in pianto

Un cor d'affanni oppresso,

E spiega il pianto istesso

Quanto é contento un cor!

Chi puo sperar fra noi

Piacer, che sia perfetto,

Se parla anche il diletto

Co' segni del dolor!

Para el que no oiga bien el italiano, lo traduciré diciendo: ¡Pícaro mundo, y triste condición humana que no tienen más que un lenguaje para expresar sus penas y sus dolores!

JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

El trabajo.

Existen acerca del trabajo algunas ideas falsas profundamente arraigadas, de que no es posible prescindir tratándose de aplicar á él cualquier género de estudios estadísticos. El número de trabajadores y la cantidad de productos como resultado de su actividad, es la gran base de que es necesario partir; y si esta base es falsa, por reducida ó exagerada, los resultados han de ser forzosamente erróneos.

Hay muchos, entre los que se cuentan algunos escritores que pasan por autoridades, que hacen una distinción entre verdaderos y falsos trabajadores, entre los que producen y los que no producen; es decir, que separan un gran número de coeficientes morales que prestan servicios á la sociedad bajo diversas formas, asegurando ó haciendo más fecundos y productivos los esfuerzos de los trabajadores ostensibles. Para partir de un fundamento sólido, es necesario no olvidar un solo momento que producir un objeto material ó producir un servicio, todo es producir, y que en el orden de importancia, tal vez es más útil á la sociedad la obra de un trabajador intelectual que la de diez operarios de aquellos en que la inteligencia entra como una parte muy secundaria de su ocupación.

Otro de los errores, ó más bien olvidos graves que se cometen al establecer cálculos sobre el trabajo de un país, es el de contar solamente el que se hace para la sociedad, prescindiendo del que se emplea para la familia.

Basta para nuestro objeto la indicación de estos dos errores, puesto que para ocuparnos de otros muchos, necesitaríamos entrar en consideraciones económicas de cierta extensión, que nos alejarían de nuestro propósito concreto de hoy. Aun estos dos no haremos otra cosa que consignarlos, como advertencia de que en las cifras de que vamos á partir entran los productores de todas clases; aquellos á quienes parezca que deben segregarse pueden hacerlo desde luego, y operar por su cuenta sobre el resto.

Nada más difícil existe en materia de investigaciones que la averiguación de la cifra, no ya exacta, sino aproximada, del valor del trabajo producido por un pueblo. La estadística general de la producción se ha considerado con razón como una quimera, interin no se llegue á un estado de adelanto tal, que exista formada y completa la inmensa cantidad de materiales que exige solo el comienzo de la obra. El único dato obtenido hasta ahora, es la cantidad y valor de los productos exportados, por medio de las estadísticas comerciales.

Los estudios de los gobiernos se han dirigido recientemente á la importantísima investigación del número de individuos sobre que pesa en cada país la carga de mantener la gran masa de habitantes que por su edad, su sexo ó su estado físico no son aptos para procurarse la subsistencia; y de la relación entre aquellos y estos se deduce en efecto cuál es el grado de prosperidad ó de miseria en que viven los pueblos.

Examinando los documentos oficiales, hallaremos que las mujeres casadas que viven á expensas del trabajo de sus maridos, y los niños cuya subsistencia depende de sus padres, son por cada 10,000 habitantes:

En España.	5,309
Inglaterra.	5,680
Bélgica.	5,250
Sajonia.	5,045
Baviera.	3,340
Francia.	3,303

Las cuatro primeras naciones presentan cierta regularidad en sus cifras, que conduce á aceptar la de 53 por 100 como relación ordinaria de mujeres y niños mantenida por el trabajo de hombres válidos y la población total. Francia y Baviera, cuya disidencia ha llamado ya la atención de mas de un autor, presentan una relación mas baja, por haberse hecho en sus documentos cierto abuso al atribuir á las mujeres de los agricultores profesión propia, en el hecho de ayudar á sus maridos, como lo practican en general en todos los países. En Sajonia se ha hecho también una distinción semejante, pero con mas rigor; tanto que solo se clasifican por las oficinas de Dresde 4,730 mujeres consagradas á la agricultura y 12,203 ocupadas en la industria. Esto explica, sin embargo, que sea Sajonia la nación que presenta una relación menor entre las cuatro cuyas cifras se presentan acordes.

Para ver si efectivamente la carga de familia resulta igual ó aproximada para los hombres trabajadores en las seis naciones, segregáremos las mujeres, en cuya apreciación puede consistir la diferencia, y hallaremos que la población impúbera representa de cada 10,000 habitantes:

En España.	3,480
Inglaterra.	3,600
Bélgica.	3,230
Sajonia.	3,350
Baviera.	2,755
Francia.	3,330

Aquí ya se aproximan las proporciones; y si Baviera difiere todavía, aunque mucho menos que antes, es porque en un documento solo hemos hallado esta clasificación hasta los catorce años, mientras en los demás se comprenden hasta los de quince.

Aceptando como cifras medias 53 por 100 de la población, entre mujeres casadas é hijos que viven á expensas del trabajo que los restantes hacen para la sociedad, y en 34, también por 100, los que viven del trabajo exterior de sus padres y del que las mujeres desempeñan para la familia, podemos presentar cada 100 habitantes distribuidos de este modo:

Trabajan para la sociedad.	47
— — — la familia.	19
Improductivos.	34
Igual.	100

Si bien entre las mujeres, que en general se consideran dedicadas al trabajo de familia, hay cierto número que aportan recursos de fuera, y entre los impúberos se cuentan muchos también que producen trabajo, ya sea para la sociedad, ya sea para la familia, no es menos cierto que el grupo primero, el de trabajadores propiamente dichos, se disminuye considerablemente con la segregación de los inhábiles por su edad para dedicarse al trabajo regular, los imposibilitados física ó moralmente, los pobres de solemnidad, etc. Contando solo, para no incurrir en exageración, los sexagenarios y los pobres, y dejando el resto en compensación de los ancianos útiles para el trabajo, tendremos, por 100:

Impúberos.	34,00
Ancianos.	5,72
Pobres.	2,32
Total improductivos.	42,04
Mujeres casadas.	19,00
Total á cargo de los restantes.	61,04
Trabajadores activos.	38,96
Igual.	100,00

Resulta que en el caso de una distribución igual de cargas, correspondería á cada trabajador activo mantenerse á sí mismo y á unos 6 décimos de los demás habitantes. Pero la igualdad de cargas está muy lejos de existir, como no existe tampoco una proporción regular entre el trabajo y la recompensa. A propósito de lo cual se expresa así una de las primeras autoridades en la materia (1).

L. T.

Invencción notable.

La Asamblea del Ejército y Armada, revista mensual que se publica en Madrid con merecido crédito, dedica un buen artículo á examinar el sistema de armas cargadas por la recámara, que ha inventado don Cosme García Saez, natural de Logroño, y nosotros lo insertamos á continuación con el mayor gusto, tanto por dar á conocer uno de los mas notables inventos de la época, cuanto porque toda la gloria recae sobre un español.

Mucho ha trabajado el señor García para resolver tan arduo problema; grandes desvelos le ha costado su triunfo; pero es tan completo y trascendental el que ha obtenido con su genio y perseverancia, que debe estar completamente recompensado por el éxito.

El ilustrado cuerpo de artillería español ha hecho pruebas extraordinarias sobre la carabina García, y ha escrito informes, que honrando su inteligencia son un gran título de gloria para el inventor, á quien felicitamos sinceramente.

Hoy el señor García se halla en París; ha sido recibido ya por el emperador, el cual, perito en materia de guerra como el mas entendido artillero, ha acogido el sistema García con verdadero entusiasmo y resolución, habiendo mandado que inmediatamente se hagan las pruebas oficiales, como es muy justo, antes de proceder al cambio de todo el armamento de su poderoso ejército.

Hé aquí el artículo de la Asamblea:

«La idea de cargar por la recámara las armas de fuego portátiles tiene su origen en época muy antigua, por haberse reconocido siempre que la operación de cargar con auxilio de la baqueta es tan lenta como embarazosa, y que el viento ó huelgo de los proyectiles causa grandes irregularidades en su dirección y disminuye los alcances.

Con objeto pues de hacer desaparecer tan graves inconvenientes, mucho antes que M. Delvigne iniciase las importantes modificaciones por que en nuestros días han ido pasando las armas rayadas para lograr el grado de perfección en que hoy las encontramos, se habian ocupado ya gran número de hombres de reconocida suficiencia en la resolución de un problema dirigido á conseguir un cierre ó sistema de obturación, que siendo fácil de poner en juego y no susceptible de frecuentes descomposiciones, evitase por completo el escape de gases en que la carga de pólvora se convierte, cualquiera que sea el número de disparos consecutivos que con las armas se hagan.

Pero como quiera que el éxito no correspondiese sino muy imperfectamente á los deseos y esperanzas de los que se propusieron realizar tan útil pensamiento, el ánimo, por decirlo así, decayó, quedando aplazada una cuestión cuyas complicaciones y dificultades no todos pueden y saben apreciar.

Mas tarde, los sorprendentes resultados obtenidos con el sistema de armas rayadas y balas expansivas, hicieron renacer de nuevo la idea de suprimir la baqueta como límite probable de su perfeccionamiento, y si grande habia sido antes de esta época el empeño puesto en conseguirlo, no ha reconocido límite una vez iniciada la reforma. Coltt, Adams, Lelaucheux, Falisse, Sharps, Whitworth, Westley, Richard, Burton y otros cuyos nombres menos conocidos no recordamos, son modernos autores de ingeniosísimos sistemas de armas cargadas por la recámara, aplicados con mas ó menos aceptación á las de caza y revolvers; pero ninguno tan perfecto, sólido y sencillo que haya podido adoptarse definitivamente para las armas de guerra, bien porque aquellas en que no hay escapes de gases ofrecen tales dificultades de fabricación, que el precio de la mano de obra sube mucho, bien porque su mecanismo es demasiado complicado y débil para las toscas manos que han

(poder legítimo, aun cuando abusa), y sufre la ley del vencido. Por otra parte existe la dorada lepra de los célibes; una multitud de obreros jóvenes y de otros trabajadores de diversas edades, que no cuidan mas que de sí mismos, viven en el libertinaje y en la disipación, y olvidando lo que deben á sus progenitores los obligan á recibir la limosna de las sacristías ó de los hospicios. De estas causas procede que el deber se hace mas pesado para aquellos que tienen corazón para cumplirlo, y que una multitud de familias honradas vivan, á pesar del trabajo, del orden y de la economía, en un estado de miseria que no aparece al examinar el resumen general de la población francesa.»

Esta exactísima observación, aplicable á todos los pueblos, lo es igualmente á nuestro país; y para entrar en las consideraciones que nos proponemos, procuraremos examinar su influencia.

Los varones solteros son en España 4.544,211, de los cuales hay que deducir los 2.775,196 que ya hemos segregado antes como impúberos, considerándolos á cargo de sus familias, y quedan por consecuencia 1.769,015. Aunque no todos, ni con mucho, se hallen comprendidos en el caso de que habla M. Guillard, hay que rebajarlos en totalidad del número de los que soportan las cargas de familia, siquiera sea en compensación, de los 4.343,158 solteras, en las que están comprendidas las niñas menores de quince años, y las 702,800 viudas que en general pueden considerarse á cargo de sus parientes, ó viviendo de pensiones y rentas, pero de todos modos sin vivir de su trabajo. De manera, que en conjunto puede calcularse que excepto 1.769,915 solteros hábiles para el trabajo que se bastan á sí mismos, el resto de los habitantes de España depende de los 2.859,602 varones casados y de los 361,462 viudos; es decir, que 3.221,064 hombres, que supondremos todos válidos para no exagerar el cálculo, trabajan para sí mismos y para los 10.683,402 que constituyen el resto de la población, despues de deducir de ella los trabajadores solteros. De este modo cada varón jefe de familia tiene que trabajar para sostenerse á sí mismo y á 3,35 individuos mas.

de ponerle en juego, bien porque necesitándose un cartucho especial, generalmente metálico, su uso ofrece en la práctica tan graves inconvenientes, que ante ellos forzoso ha sido renunciar á las demás ventajas del sistema.

En España se ha dado al asunto que nos ocupa toda la importancia que realmente tiene, dedicándose de continuo el cuerpo de artillería á ensayar cuantos nuevos inventos han llegado á su noticia ó se han ofrecido á su examen.

Ultimamente, y con motivo de tenerse que reemplazar el armamento de los cuerpos de tiradores á caballo, la junta superior facultativa decidió no hacerlo sin dar resuelto el problema de la supresión de la baqueta, y al efecto emprendió una nueva serie de pruebas, con gran número de armas cargadas por la recámara, así nacionales como extranjeras.

El resultado de estas pruebas, favorable á la nueva tercerola americana de M. Sharps, dió motivo á un luminoso informe de la citada junta, en el que despues de enumerar las ventajas que esta clase de armas ofrecia respecto de todas las demás ensayadas, se proponia al gobierno de S. M. la adquisición en los Estados Unidos de las que fuesen necesarias para armar un escuadron de tiradores, á fin de que, probadas en mayor escala, si los resultados eran satisfactorios y no se presentaban inesperados obstáculos en su fabricación, se adoptasen definitivamente, si bien solo para la caballería, en razon á la mayor necesidad que tiene de no servirse de la baqueta, y al corto número de disparos consecutivos que generalmente efectua.

En tal estado las cosas, dieron principio los ensayos de un nuevo sistema de armas cargadas por la recámara, inventado y presentado por don Cosme García Saez, natural de la Rioja, el cual, sin embargo de ser completamente extraño á cuanto tiene relación con la milicia, la mecánica y el oficio ó arte del armero, creemos ha resuelto, de la manera mas satisfactoria que desearse pudiera, el importante problema que por tantos años ha sido objeto de continuo estudio para muchos hombres de indisputable mérito científico y artístico.

Las pruebas á que se han sometido las armas presentadas por el señor García, son indudablemente las mas enérgicas y decisivas de cuantas han tenido lugar en nacion alguna, para cerciorarse de la utilidad de inventos de esta clase; pero antes de enumerarlas y hacer cargo de los resultados obtenidos, creemos indispensable dar á nuestros lectores una ligera idea de los modelos con que se han ejecutado.

Son estos una tercerola de caballería y una carabina de cazadores de infantería, cuyos cañones rayados, llaves, chimeneas y aparejos, exactamente iguales en peso, dimensiones y forma á los de las armas que hoy tiene el ejército, permiten una rápida transformación de estas, sin mas que reemplazar las cajas por otras y sustituir el tornillo de la recámara con el nuevo aparato de obturación, que se asegura á rosca en el extremo del cañon donde aquel estaba.

Dicho aparato de obturación le forman dos piezas principales. Consiste la primera, que es la directamente unida al cañon y donde esta colocada la chimenea, en un cilindro hueco de acero, cortado ó abierto en toda la longitud de la generatriz que corresponde á la prolongación del eje del cañon, y que, como las demás, es perpendicular á este eje. El anima del cañon termina en la superficie interior del cilindro, el cual, cortado como está, hace el efecto de un fuerte muelle, cuyos dos brazos, abiertos ó separados en virtud de su propia elasticidad, se aproximan ó cierran cuando es conveniente por medio de un tornillo que ceba en ambos, al que da movimiento una pequeña palanca. En el brazo superior hay practicada una incisión ú ojal que ocupa el cuadrante mas próximo al cañon, profundizando todo el grueso de las paredes del cilindro.

La segunda pieza del aparato de obturación consiste en otro cilindro sólido de acero, cuyas generatrices tienen la misma longitud que las del anteriormente descrito, siendo su diametro exactamente igual al de aquél, cuando los dos brazos que le forman estan cerrados, ó el muelle en su mayor grado de tensión.

Este segundo cilindro tiene abierto, equidistantemente de sus bases, el morterete ó recámara destinada á contener la carga de pólvora y la bala, siendo su eje, que coincide con el del cañon cuando el arma está dispuesta para el disparo, uno de los radios de la sección intermedia del cilindro.

En el mismo cilindro está la comunicación del morterete con la chimenea, para transmitir á la carga el fuego de la cápsula, y por último, próxima á la boca del morterete hay una tuercas, donde ceba el extremo de un tornillo cuya espiga pasa por el ojal del primer cilindro cuando en el interior de este se encuentra alojado ó contenido el segundo; posición relativa de ambos, que es la natural en el sistema.

Resulta pues, que estando el segundo cilindro dentro del primero, segun acabamos de decir, y teniendo este sus brazos abiertos, aquel puede girar sobre su propio eje, por medio del movimiento conveniente impreso á la cabeza del tornillo cuya espiga pasa por el interior del ojal, con lo que se consigue dar al morterete la posición necesaria para derramar en su interior la pólvora del cartucho y colocar la bala, del mismo modo que si se cargase el arma con el auxilio de la baqueta, cuya operación terminada, se hace girar nuevamente al cilindro para que el eje del morterete y el del cañon sean prolongación el uno del otro; y apretando en seguida el tornillo que une los brazos del muelle ó primer cilindro, queda toda la superficie interior de este en

(1) A. Guillard, *Démographie comparée*, Paris, 1855.

«El mal procede de la desigual distribución de los productos del trabajo y de las cargas de los trabajadores. No siendo el trabajador enteramente libre en sus medios de defensa (asociación, instrucción, corporación), se ve oprimido por la competencia

contacto con la exterior del segundo, y el arma en disposicion de hacer fuego.

Semejante disposicion proporciona la ventaja de dejar interrumpida la correspondencia con el cañon cuando el cilindro no está convenientemente situado, evitándose así el peligro que de otro modo habria, si por equivocacion ú olvido se disparase sin estar la recámara en direccion conveniente. Cuando la palanca no verifica la presion, cae su extremo móvil detras del percutor, estorba que este se monte, é impide, por lo tanto, la contingencia de disparar sin haber apretado el cilindro.

Facilmente se comprende lo sencillo, perfecto y duradero del sistema, que no necesita cartucho alguno especial, puesto que el procedimiento para cargar es semejante al empleado en las antiguas armas, y que á lo sumo, convendra usar los de tripa natural ó artificial en las de caballeria, para evitar el tener que romper el cartucho y derramar á granel la pólvora en el morterete.

Hecha la descripcion del aparato de cargar, pasemos á ocuparnos de las pruebas.

Dieron estas principio con la tercerola, tratándose en ellas de averiguar casi exclusivamente hasta qué punto era perfecto el cierre, pues en cuanto á la justa direc-

cion y alcance de los proyectiles, por las circunstancias anteriormente consignadas de ser el cañon, la carga de pólvora y la bala enteramente iguales en el modelo presentado y en las armas que tiene el ejército, nada nuevo, ó que ya no fuese conocido, podia esperarse.

Desde el primer momento fué perceptible en esta prueba la falta del lubricante por la mayor cantidad de gases que salia por el oido de la chimenea; pero á los quince tiros el retroceso empezó á ser ya tan considerable, que no pudiéndose continuar el fuego á brazo,

En quince dias que duraron las pruebas de fuego, se hicieron tres mil seiscientos ochenta y siete disparos á todo tirar, ó sean doscientos cuarenta y seis por dia. Al terminar el fuego en cada uno de estos, se reconocia el arma con la mayor escrupulosidad, sin que jamás se encontrase la mas leve señal de escape de gases, ni el menor entorpecimiento en el juego de las diferentes partes del sistema de obturacion, á pesar de haberse hecho tres mil setenta y un disparos sin limpiar el cañon del arma, y tenido esta expuesta trece dias consecutivos á la accion atmosférica, durante los que fueron las lluvias frecuentes y abundantes.

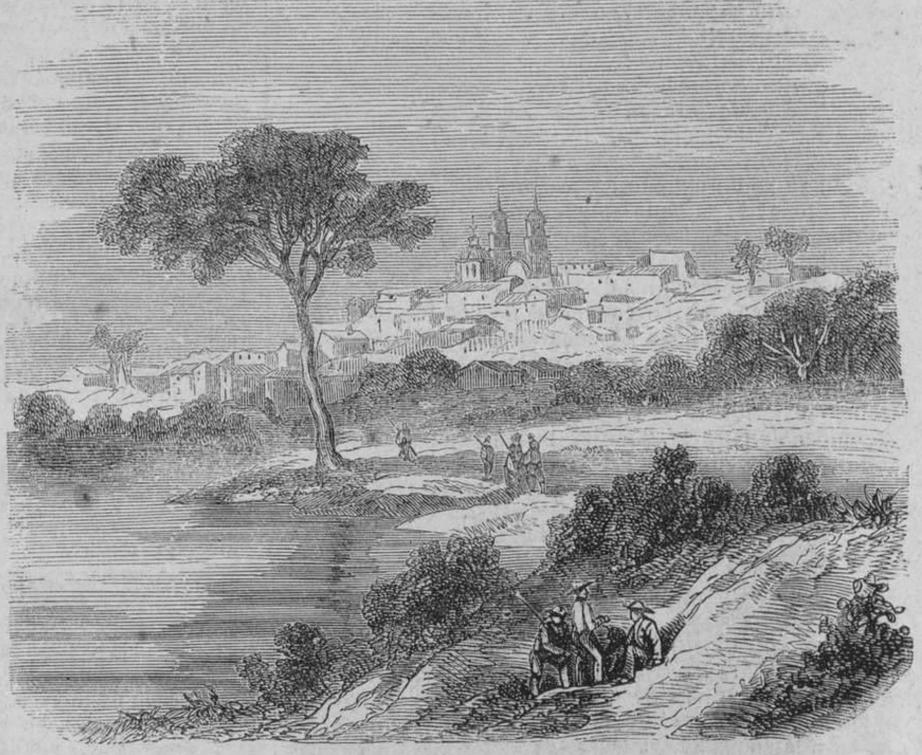
Esta prueba verdaderamente extraordinaria, y que no solo manifiesta la bondad del invento, sino tambien la excelente calidad de nuestras armas, no bastó, sin embargo, á la junta facultativa para emitir su opinion, por lo que dispuso se hiciesen doscientos cuarenta disparos con proyectiles sin ensebar.



EXPEDICION AL INTERIOR DE MEXICO. — Columna elevada en honor de Hidalgo cerca de Guajimalpa.



Pueblo y lago de Lerma.



Ixtlahuaca y las márgenes del rio de Lerma.

tuvo que colocarse el arma en un *potro*. Terminada la prueba, se procedió á desarmar el aparato de obturacion, sin que en el examen que de él se hizo se encontrase novedad alguna, ni señal de escape de gases. En cuanto al cañon, además de la elevada temperatura que en él se encontraba, era tal la cantidad de residuos acumulados en su interior, que las estrias habian desaparecido totalmente.

Despues de tan extraordinarios y decisivos ensayos, se dieron por terminados los de esta arma, empezando los de la carabina. Pero como el sistema de obturacion era el mismo en ambos modelos, mil cuatrocientos disparos á todo tirar y sin limpiar el arma bastaron para dejar satisfecha á la junta de artilleria, en cuyo informe altamente satisfactorio y honorifico para el inventor, se propone la inmediata cons-

truccion de las tercerolas y carabinas necesarias para armar con ellas dos escuadrones de caballeria y un batallon de cazadores, y su adopcion definitiva si, en el uso que la tropa haga de estas armas, no aparece algun inconveniente que haya dejado de descubrirse anteriormente, ó dificultades de fabricacion, que no son presumibles, aconsejan otra cosa.

Las pruebas ejecutadas por el cuerpo de artilleria nos parecen tan acertadas y concluyentes, que no ha lugar á dudar que el problema de cargar las armas por la recámara ha sido resuelto por el señor Garcia, el cual puede con razon estar orgulloso de haber conseguido una tan importante mejora en esta clase de maquinas de guerra.

El ejército español será, á no dudarlo, el primero en Europa cuyas armas portátiles de fuego carez-



Volcan y ciudad de Toluca.

can de baqueta. En cuanto a si está ó no, por su instrucción, en aptitud de aprovechar convenientemente esta mejora, cuestión es que trataremos en uno ó mas artículos especiales; concretándonos hoy á felicitar á nuestro compatriota por un invento que indudablemente va á proporcionarle honra y provecho.»

X.

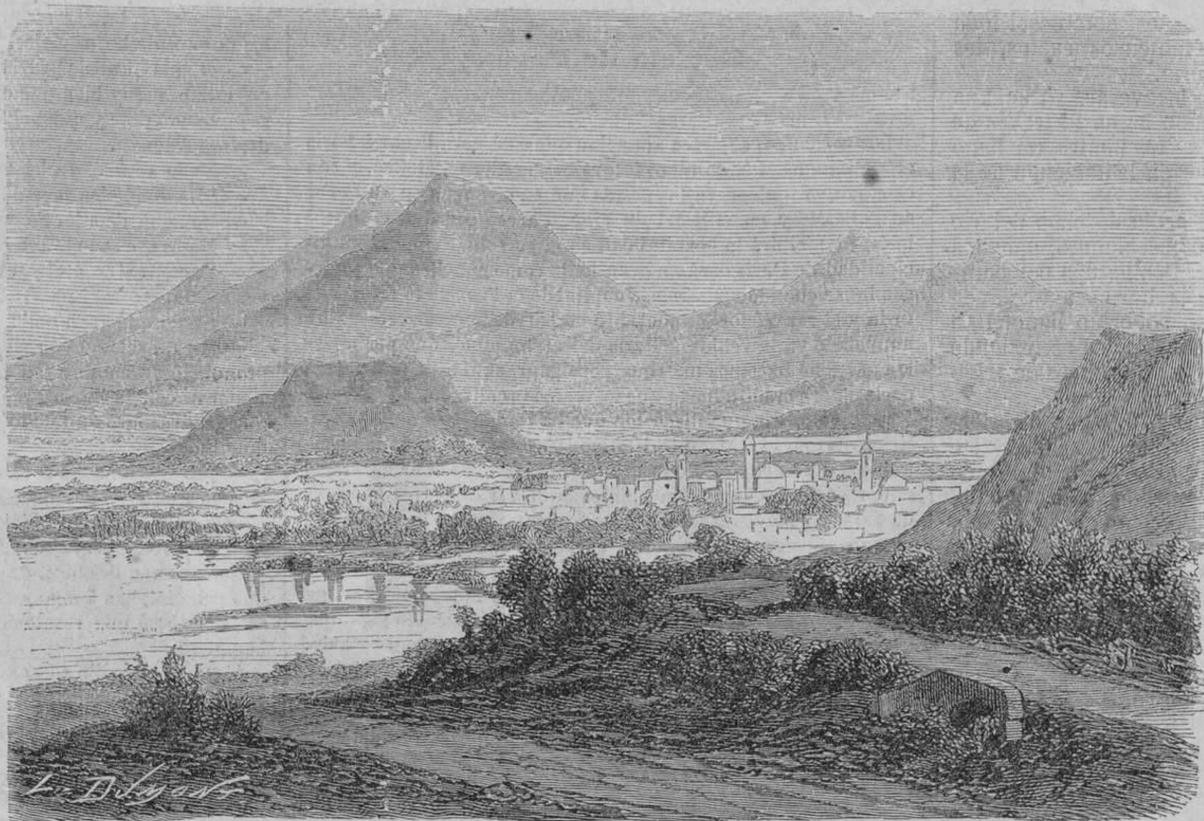
Expedición á Méjico.

DE MEJICO A TOLUCA Y QUERETARO

De una correspondencia francesa fechada en Morelia en noviembre de 1863, tomamos lo siguiente:

Varias columnas partieron á fines de octubre para comenzar la campaña del interior de Méjico; unas tomaron el camino de Tlalnepantla y otras el de Toluca, pero todas deben llegar sin duda al mismo punto, Querétaro y San Luis de Potosí.

Seguiremos pues á la columna de Toluca, pasando primeramente por Tacubaya, Santa Fe y Guajimalpa, de que hablamos ya en la excursión al desierto. De Guajimalpa se sube hasta el Llano de Salazar, miserable



Acambaro.

aldea en medio de un bosque de abetos, pero que ofrece un cuadro pintoresco. Aquí se dió el primer grito de independencia por el cura Hidalgo, y en memoria de este hecho se ha elevado en un peñón a la orilla del camino

profundos pantanos. Tiene tres conventos ruinosos y una buena iglesia: su aspecto desde lo alto de Jajalpa en la cumbre del segundo vertiente de las Cordilleras es de los mas pintorescos; se diria que sale del seno

una columna de piedra triangular, de unos veinte piés de altura, en la que se lee esta inscripcion: — « Al primer caudillo de la independencia mejicana Miguel Hidalgo y Castilla, por su glorioso triunfo en este lugar el 30 de octubre de 1810. » — En otra cara consta la fecha en que se dió el decreto: 10 de abril de 1831.

Después de haber subido un poco mas por en medio del bosque hasta el pueblecillo de Jajalpa, se ofrece á la vista un magnifico panorama; una inmensa llanura á cuyo principio se encuentra Lerma, población bañada en la laguna, y mas lejos junto al monte, Toluca.

Lerma, llamado así en honor del duque de este nombre, es un pueblo edificado sobre una ancha calzada practicada en medio de un gran lago pantanoso. Esta calzada toca á la tierra firme á la entrada y á la salida de la población, por dos puentes de piedra. Su defensa es facil, estando rodeada por



Entrada del cuerpo expedicionario en Morelia: llegada á la Alameda.

de las aguas. Algunos hermosos árboles completan este cuadro.

La llanura que se extiende de Lerma á Toluca tiene tres leguas de extension y se halla perfectamente cultivada, abundando en ella la cebada y el maíz.

Toluca, capital del Estado, es una linda ciudad á la que se llega por una inmensa alameda; las calles son anchas, bien empedradas, y ofrecen un hermoso caserío. La población se apoya en tres montes de granito, sobre uno de los cuales hay una capillita llamada el Calvario. Entre las muchas iglesias y conventos que se ven allí, citaremos San Sebastian, la Merced, la Parroquia, San Juan Bautista y el Carmen.

Las señoras de Toluca tienen fama de bellas y graciosas.

El Nevado de Toluca, ó volcan apagado, se halla, dice M. Mathieu de Fossey, á 4,424 metros sobre el nivel del mar, y hallándose casi siempre cubierto de nieve, mantiene en torno de Toluca una agradable frescura.

Durante siete horas mortales desde Toluca, el camino sigue un llano pelado, y cuya monotonía solo se interrumpe por la vista de algunos ranchos, como Tlacopan, San Lorenzo, Arroyo, San Bernabé y San Jerónimo. En San Jerónimo la meseta de Toluca baja bruscamente, los montes que ciñen á lo lejos la vasta llanura se acercan, y por espacio de dos leguas la via circula en esos mismos montes hasta Ixtlahuaca en el territorio de los Masahuas, aldea bastante importante regada por el rio de Lerma, que al cabo de un largo trayecto se llama Rio Grande.

A la salida de Ixtlahuaca el camino sigue un poco el rio de Lerma, y luego durante dos kilómetros una gran laguna. A partir de aquí atraviesa un inmenso llano inculto, donde solo se ven algunas manadas de bueyes y algunos ranchos, como San José, y el relevo de posta de San Pedro, Moxtepec. En este último rancho el camino se bifurca: el mejor es el de la derecha que pasa por Acibar; y el otro, que es un simple atajo, pasa por la grande hacienda de Tepetitlan, situada al borde de un pequeño lago, y por el rancho de San Lucas para llegar á la aldea de San Felipe, al pié de montes cubiertos de verdura.

De San Felipe á la hacienda de la Jordana, el camino impracticable para los carruajes serpentea al través de los montes. Muy luego se comienza á notar un cambio de temperatura; el aire vivo en un principio se convierte poco después en un frio muy fuerte traído por un viento violento que se engolfó en numerosos valles enteramente pelados. En el molino de Toxi, la campiña toma un aspecto mas risueño, y de trecho en trecho se ven señales de cultivo.

En la venta del Aire situada en medio de toda esa cuenca de montañas, se abandona el camino de Maravatio que conduce á Morelia, la antigua Valladolid, que ha tomado su nombre en honor del cura Morelos, uno de los jefes de la independencia y padre del general Almonte.

Se vuelve de repente á la derecha para dirigirse hácia la pequeña aldea de Santa Ana, y se atraviesa el gran desfiladero de Santiago de las Tunas, llamado así



Medalla del cuerpo expedicionario de Méjico.

porque las montañas que le rodean, así como casi toda la campiña, están cubiertas de inmensos cactus, los cuales producen el higo de Berberia.

Este desfiladero muy difícil de atravesar, sigue una cuesta rápida durante cerca de una legua al través de enormes peñascos. A la salida se encuentra un llano magnífico, donde se halla otra vez en la hacienda de la Huerta el río de Lerma.

Enfrente de la Huerta y en la orilla derecha del río está la bonita aldea india de Temascalcingo, apoyada en un cerro cubierto de verdura. Dos leguas por campos bien cultivados nos llevan a la hermosa hacienda de Solís, situada en medio de un soberbio llano. Una extensa laguna cubierta de aves acuáticas se extiende a sus pies y sirve para regar campos inmensos de trigo y de maíz.

En Solís el río de Lerma vuelve a la derecha dirigiéndose hacia Maravatio, para subir después hacia el Norte por el lado de Salamanca; toma entonces el nombre de Río Grande ó de Santiago, atraviesa el lago de Chapala, donde forma al salir una catarata casi tan notable como la del Niágara, y en fin, se arroja en el Océano Pacífico enfrente de la isla de Peñablanca de Añuera a 10 leguas de San Blas.

Un movimiento estratégico hace volver a la columna hacia atrás por un camino opuesto al desfiladero de Santiago.

Se atraviesa una serie continua de hermosos valles y de colinas bien cultivadas, y se llega al camino de Morelia a poca distancia de la venta del Aire.

De aquí el camino de Querétaro es directo pasando por Amcalco. En otro número le indicaremos.

MARCHA DE LA PRIMERA DIVISION. — DE MEXICO A MARAVATIO Y MORELIA.

El 20 de noviembre, la primera división del cuerpo expedicionario de Méjico mandada interinamente por el general de Castagny, se hallaba enteramente reunida en la venta del Aire, y al otro día salía para Maravatio.

Al dejar la meseta de la venta del Aire se sube una cuestecilla bastante escarpada, y el camino entra en una garganta de mas de legua y media de larga, entre dos montes cubiertos de encinas y de grandes madroños. A la izquierda hay peñascos de granito cortados a pico y de unos 100 metros de altura; la falda y la cumbre de estos peñascos están guarnecidas de hermosos árboles.

Inmediatamente después de este desfiladero se distinguen en lontananza en medio de un vasto llano dos pequeños lagos sobre cuyos márgenes está la hacienda de Tepetongo, con un molino por concluir. Desgraciadamente, estos lagos muy numerosos en el Michoacán, no tienen ningún árbol en sus orillas que hermosee el paisaje.

La distancia de la venta del Aire a Tepetongo es de tres leguas y media. Otras tres leguas separan a Tepetongo de la hacienda de Buena Vista al través de un país enteramente pelado é inculto, que fué en otro tiempo el granero de Méjico. Solo un pueblecillo aparece perdido en el fondo de una de las profundas gargantas que surcan a lo lejos las montañas de la derecha.

Pomoca, grande hacienda que se encuentra a legua y media, está en un país fértil; muchos ranchos están diseminados por todas partes y anuncian la proximidad de Maravatio, población bastante triste. Doscientos jinetes mejicanos la ocupaban aun; pero perseguidos por el peloton de vanguardia del 3º de cazadores de Africa, dejan muy luego siete muertos, entre ellos un oficial, Francisco Gonzalez, y muchas lanzas y mosquetones.

En Maravatio el camino se divide: un ramal conduce a Ucareo por la izquierda empalmándose después con la vía principal que de Zinapécuaro conduce a Morelia, y el otro va en derechura a Querétaro por Acambaro, pasando al través de un país inculto. Acambaro, que sirve de intermediario entre Querétaro y Morelia, es un pueblo muy antiguo, pero mal edificado. Se halla en el punto más fértil del territorio del Bajío, y le riega el río de Lerma que se atraviesa por un magnífico puente de piedra; a los pies de la población hay dos lagunas.

De Acambaro, una parte de la brigada de Bertier se dirige hacia Morelia, a fin de instalar el ejército del general Marquez que llegaba el 29.

Morelia, antes Valladolid, es la capital del Estado y del obispado de Michoacán; es la ciudad mejor edificada que hay en Méjico. Su posición es deliciosa en medio de numerosos arroyuelos que difunden la fertilidad por do quiera. Sus calles son rectas y espaciosas.

A. C.

Medalla del cuerpo expedicionario

DE MEXICO.

La medalla destinada a los soldados del cuerpo expedicionario de Méjico es de plata, y tiene la forma de la medalla de China. Cuelga de una cinta blanca de aguas sobre la cual está tejida el águila de Tenochtitlan, teniendo en el pico una serpiente verde, todo ello sobre una cruz de San Andrés verde y encarnada.

Revista de Paris.

Los periódicos oficiosos anuncian que está para llegar a Paris el archiduque Maximiliano, futuro emperador de Méjico, y con este motivo indican ya las fiestas que se disponen en su honor en Tullerías y en el Hotel de Ville. Parece ser que el ilustre huésped recibirá la hospitalidad en el palacio, y que la municipalidad de Paris dará un gran baile como aquellos que tuvieron lugar cuando visitaron la capital de la Francia la reina Victoria y el rey Victor Manuel. Sin embargo, tantas veces se ha anunciado ya la venida a Paris del archiduque, que por nuestra parte no hacemos mas que consignar aquí esta noticia sin darle entero crédito hasta que la veamos realizada.

Con motivo de una discusión que ha tenido lugar en estos últimos días en el Cuerpo legislativo sobre un epíteto nada lisonjero dado a la capital de la Francia, M. L. Lazare ha agrupado en un curioso artículo las opiniones de varios reyes, hombres de Estado y magistrados célebres franceses, y por excepción de algunos soberanos extranjeros, sobre la ciudad de Paris y sus habitantes. Hé aquí algunas de estas apreciaciones:

FELIPE AGUSTO. — Los parisienses no son mas altos que una espada de caballero; pero en la pelea me han parecido gigantes.

LUIS IX (San Luis). — Mezcla incomprensible, oro puro y lodo.

CARLOS V. — Angel ó Lucifer... Lucifer porque lleva la luz.

LUIS XI. — Cascabeles para el gorro de mi bufon.

FRANCISCO I. — Del suelo parisiense se exhalan la inteligencia y el arrojo.

EL EMPERADOR CARLOS QUINTO. — *Lutetia non urbs sed orbis.* Paris no es una ciudad, sino un mundo. Decís, mi hermano Francisco, que yo cubro a la Europa con una inmensa red... Que un solo nudo se desate, y la Europa es de la Francia... Sois, hermano mio, el soberano de una nación fuerte y unida. Dios ha colocado tan bien la ciudad de Paris, que es preciso que un día u otro sea la verdadera ciudad reina de Europa... Hé ahí el secreto de nuestras divisiones.

ENRIQUE IV. — En las armas de Paris pondría yo, para hacer el retrato del parisiense, unos dados, una espada y un vestido de mujer. Esto quiere decir que el parisiense es jugador, valiente y afeminado... Confieso que su rey y él se parecen como dos gotas de agua.

LUIS XIV. — Es mas temible una tormenta en Paris con su riachuelo del Sena que en medio del Océano... Al parisiense hay que sujetarle con una mano de hierro...

COLBERT. — Cubierta con guante de terciopelo.

MOLIÈRE. — No se achacan tantos defectos a los parisienses, sino porque son sabidas sus buenas cualidades.

Para completar este retrato tan favorecido, diremos que el parisiense es caritativo y generoso. El infortunio le enternece, y se apresura a socorrer a la miseria.

Ignora que muy a menudo especulan con sus buenos instintos; pero si por acaso descubre el engaño, es muy capaz de jugar al engañador una mala pasada.

Nada mas odioso en efecto que las indignas maniobras a cuyo beneficio ciertas personas de una avaricia repugnante solicitan la compasión de la gente. El hecho no es tan raro como se podría suponer, y los periódicos de la semana refieren el siguiente caso que vamos a citar como un ejemplo.

A la puerta de una fonda situada en un pasaje de los mas concurridos de Paris, se veía desde hace muchos años a una mujer pobremente vestida, y que llamaba la atención por su exterior distinguido y modesto. No solicitaba las limosnas que por lo mismo recogía con mas abundancia, y por otra parte recibía la comida de la fonda.

Ultimamente, un individuo de la clase trabajadora domiciliado en uno de los extremos de Paris, hallándose por casualidad en el barrio donde está situada la fonda, entró en el establecimiento con su mujer. Era un domingo en que había mucha gente, y cada cual daba al salir alguna cosa a la pordiosera.

La mujer del obrero exclamó dirigiéndose a su esposo:

— Da un par de sueldos a esa pobre mujer; quizá no haya comido.

Y mientras busca el marido la moneda de cobre ella sigue adelante.

En el momento de entregar la limosna a la mujer, el obrero retrocede espantado. Cree reconocerla y le parece mentira; sin duda es una ilusión de sus ojos.

Pero no se engañaba; la pordiosera, incomodada con sus miradas escudriñadoras, le dice:

— Sí, señor, yo soy la que Vd. se figura; ¿qué tiene de extraño?

Nuestro hombre se vuelve a guardar la moneda en el bolsillo, se va hacia su esposa y le da cuenta de su aventura.

Entrambos retroceden entonces, bien decidida ella a desengañar a los parroquianos de la fonda que se compadecían de la supuesta menesterosa.

— ¡Ah! ¡infame mujer! exclamaba; cuando estuviste enfermo se portó indignamente; ahora nos veremos las caras.

Y distinguiendo a un agente municipal, corre a él y le declara que aquella mujer a quien por lástima permiten implore la caridad pública a la puerta de la fonda, posee una casa muy grande y productiva, casi toda ella ocupada por trabajadores. El hecho se averiguó, y resultando cierto, la mujer ha sido presa bajo la acusación de mendicidad.

Este ejemplo no quiere decir que no haya en Paris necesidades verdaderas. Desgraciadamente las hay y son muy numerosas, mucho mas de lo que se cree. Un antiguo editor de Paris que se ha encontrado y se encuentra en relacion con todas las notabilidades literarias de la época, contaba días pasados en una comida que daba a eminentes personajes, el lance siguiente:

La casa de un escritor cuyo nombre no debemos declarar aquí, se encontraba sin dinero en una de esas épocas terribles en que los aguinaldos, el alquiler de la casa, las cuentas atrasadas se anuncian y se acumulan de un modo amenazante.

El escritor, que es el hombre mas descuidado que hay en el mundo, lejos de pensar en los terribles golpes que le esperaban,

se ocupaba en buscar asuntos de novelas, y recorría con ardor los puestos de libros viejos.

— ¿Cómo puedes mostrarte tan indiferente? le decía su esposa. Sabes muy bien que este mes tengo una infinidad de cosas que comprar y que pagar, para lo cual necesito a lo menos dos mil francos...

— No te apures, ya los tendrás.

— ¿De dónde los sacaré?

— De aquí, de allá, de cualquiera parte.

— Muy vago es todo eso para que no me apure.

— Haces mal en atormentarte, repuso el escritor con la mayor calma.

— ¿Y porqué hago mal?

— Mira, exclamó con impaciencia; el banquero X... (aquí pronunció un nombre tan conocido que no nos atrevemos a designar ni con la inicial) me debe cuatro mil francos, de modo que tendrás mas aun de lo que necesitas.... no estés con inquietud.

— ¡M. X... te debe cuatro mil francos! repuso con extrañeza la señora; ¿y cómo puede ser eso?

— Hé ahí lo que no te importa, son cosas de hombres, ya hablaremos otro día: déjame trabajar.

Una semana después, en presencia de las necesidades caseras que principiaban a tomar un carácter apremiante, la esposa del escritor tomó una resolución heroica, y se dirigió a casa del banquero.

Al punto que dijo su nombre, fué introducida en el gabinete del opulento capitalista.

— Dispéñeme Vd., le dijo, si me he tomado la libertad de presentarme aquí, pero las circunstancias me han obligado a hacerlo. Mi esposo, entregado como siempre a sus tareas, me deja toda la responsabilidad de la casa. Actualmente nos hallamos en un gran apuro, y habiéndome confesado que usted le debe cuatro mil francos, vengo sin que él lo sepa, a suplicar a Vd. me entregue esa suma, que nos sacará de la mala situación en que estamos. Pido a Vd. mil perdones...

El banquero, que no había disimulado alguna sorpresa a las primeras palabras de esta reclamación, se dominó prontamente y contestó:

— Está muy bien, señora: el paso que da Vd. es muy natural; puesto que su esposo la ha dicho que yo... nada, nada, voy a dar la orden...

Y tocó la campanilla.

— Que se entreguen cuatro mil francos a esta señora, sin recibo, y que se anoten en mi cuenta particular, dijo a uno de sus dependientes.

La señora tomó el dinero, dió las gracias y se retiró con la mayor sencillez del mundo, como una acreedora que cobra lo que la deben.

Algunos días después, estando almorzando con el desahogo de personas sin inquietudes, al menos en la hora presente, la esposa dijo al marido:

— ¿En qué consiste que no me has preguntado cómo he podido salir de mis apuros con los dos mil francos que tenía que gastar y el bolsillo vacío?

— Es verdad, no me hablaste mas del asunto, y no he vuelto a pensar en él. ¿Cómo ha sido?

— He cobrado los cuatro mil francos del banquero.

— ¿Los cuatro mil francos del banquero! repitió atónito el escritor.

— Sí; como sabía que te eran debidos, y que con tu pereza jamás irías a reclamarlos, he ido yo.

— ¡Tú has ido a pedir cuatro mil francos al banquero X!... exclamó el marido en el colmo del asombro.

— Me parece que era una cosa muy natural.

— Pero ¿qué ha pasado? ¿qué ha dicho el banquero?

— No ha dicho nada; sí, ha dicho que me paguen.

— ¡Desdichada! exclamó el escritor poniéndose pálido como un difunto; ese hombre nada me debía.

— ¿De veras?

— Te dije aquello al acaso para que me dejaras en paz, y nombré a X... como habría podido nombrar a cualquier otro banquero... ¿Y has cobrado en efecto esa cantidad?... ¿Qué hombre!... quizá habría debido decir que me debía el doble, murmuró el novelista.

— Pues en ese caso debemos felicitarnos que te se ocurriera ese nombre y no otro que quizá, y sin quizá, no habría sido tan complaciente.

Algunas noches después, el escritor instado por su esposa fué a una reunión que tenía el banquero, para darle gracias por su acción tan delicada y tan generosa.

El banquero le recibió muy risueño, y como le oyese hablar de un reembolso futuro, le dijo:

— No piense Vd. en eso; un hombre como yo debe siempre algo a un escritor como Vd., por los goces que le proporciona con sus obras.

M. V. Cochinat ha referido esta linda historieta en una de sus últimas crónicas, de donde la hemos extractado con sus principales pormenores.

En el teatro del Vaudeville se acaba de estrenar una comedia en cuatro actos y un prólogo, compuesta por los señores Ulbach y Crisafulli, y titulada *Monsieur et Madame Fernel*, que ha obtenido un buen éxito. El argumento está tomado de una novela del mismo Luis Ulbach, novela muy sobria de acontecimientos, y cuyos personajes son otros tantos tipos poseídos de esas pequeñas pasiones de la vida de provincia.

Madama Fernel es una esposa virtuosa que un joven calavera, Renaut, intenta seducir vanamente. En cuanto a M. Fernel, notario retirado de los negocios después de haber hecho su fortuna, tiene también sus flaquezas en la ociosidad en que vive, y está a punto de caer en las redes de una joven y linda parisiense, cuando el recuerdo de sus primeros años de dicha conyugal le encamina otra vez por la senda de sus deberes.

A esto se reduce la sencilla fábula de la nueva comedia, interpretada perfectamente por los artistas del Vaudeville. Hemos dicho que ha gustado al público; y ahora si se nos pregunta el porqué, añadiremos que ha sido no por la complicación de los incidentes, ni por los efectos teatrales, ni por las situaciones,

sino por la moralidad que se desprende de su argumento. Es cosa tan inesperada una lección moral en las comedias modernas, que no es de extrañar la celebre el espectador, siquiera sea como contraste á lo que se le ofrece ordinariamente. Además, esta obra dramática tiene cualidades literarias que la aseguran un porvenir duradero.

MARIANO URRABIETA.

Porqué no soy feliz.

CONTESTACION A UNA PREGUNTA DE MI SIMPATICO AMIGO DON LUIS FERNANDEZ DEUS.

No soy feliz, porque en mi loco empeño
Soñé un mundo de mágicos colores,
Y ví un eden de perfumadas flores
Do todo era placer;
Quise coger de sus fragantes rosas
Las seductoras hojas peregrinas,
Y al tocar de su tallo las espinas
Sentíme fallecer.

No soy feliz, porque en tenaz anhelo
Crucé los mares de valor henchida,
Sin poder de la América querida
El puerto divisar;
Y de esa madre que mi ser veló,
Patria divina, que mi pecho adora,
Sobre sus campos que el clavel colora
Himnos cantar.

No soy feliz, porque en la noche oscura
Cuando triste al silencio me retiro,
Cruza á mi lado con pausado giro
La sombra del dolor;
Y ufana trae al pensamiento mio
Queja sentida de amargura llena,
Que presto roba de mi faz serena
El brillo seductor.

No soy feliz, porque en el alma mia
Se cobijan distintas impresiones,
Hay lágrimas, temores y pasiones,
Que no sé descifrar;
Ilusiones de un tiempo que pasó,
Dulces recuerdos de la edad primera,
Esperanza que vaga lisonjera
Y no puedo alcanzar.

ELISA LESLACH.

El censo de la poblacion de España

SEGUN EL RECUENTO VERIFICADO EL 25 DE DICIEMBRE DE 1860.

II.

En el anterior artículo presentamos el trabajo de la junta general de estadística como el que mas habia adelantado en el conocimiento de la poblacion de España y sus posesiones ultramarinas, y por lo tanto, como uno de los datos mas preciosos que puede ofrecer la administración al progreso de la ciencia, al buen régimen político, gubernativo, administrativo y económico; para apoyar los cálculos del agricultor, del comerciante, del industrial, como una de las principales bases de las reformas en todos los conceptos en que pueden hacerse para mejorar el estado de los habitantes.

Después de ello y en su comprobación, creemos deber al público, porque no á todos le ha de ser fácil el poder adquirir una obra de mas de 800 páginas en folio mayor ni podrá contar con el tiempo indispensable para hojearla, cuando menos algunos de los principales datos que contiene, tanto mas interesantes cuanto los hay que no contaban con antecedente ninguno, como sucede con la clasificación de los habitantes por profesiones, artes y oficios, ó que los tenían muy incompletos y poco conocidos, como los que se refieren á las islas de Cuba y Puerto Rico: de suma importancia estos últimos en nuestros dias en que, por motivo de las reformas que se están introduciendo en su sistema de gobierno y administración, y por efecto del adelanto de los tiempos y de las perturbaciones y cambios que se están operando en el nuevo mundo, se agitan mas que nunca las cuestiones sobre régimen colonial, sobre la emancipación de la esclavitud, sustitución del trabajo forzado por el libre de los hombres de color y por el de los blancos, sobre los efectos de las emigraciones y de la influencia de los climas en lo moral y en lo físico, y del desarrollo posible de civilización en aquellos países.

Hé aquí en resumen los principales datos del censo á que nos referimos:

El número total de la población de la península é islas adyacentes ha resultado ser el de 15.673,536 almas, superior al obtenido en el censo de 1857 en 209,196, ó sea en 1/35 por 100. El de la isla de Cuba 1.395,530 y el de Puerto-Rico 583,308: cifras que presenta la junta

general no como fiel y exacta expresión de la verdad, sino como que se aproximan á ella mas que otras de las hasta el dia obtenidas.

Los habitantes de la península é islas adyacentes se clasifican atendiendo al sexo, en 7.765,508 varones, 7.907,973 hembras. Por su naturaleza en 15.193,564 nacionales establecidos, 445,005 transeuntes; 20,883 extranjeros establecidos, 14,029 transeuntes.

Por su estado civil en 8.887,369 solteros, 5.721,617 casados y 1.064,262 viudos.

Por su edad existe, como dijimos, una clasificación que abraza 22 términos, que comienza en 1 año y acaba en los 100, de la cual copiamos solo los periodos mas importantes, el de 20 años, que comprende 335,921, de los cuales 146,791 son varones, 189,130 hembras, el de 86 á 90 años que contiene 11,507, y el de mas de 100 años en el que figura el número de 219 ancianos.

Atendiendo al signo que pudiéramos llamar exterior de la capacidad, resulta que hay 705,779 que saben leer y no escribir; 3.129,921 que saben leer y escribir, y 11.837,391 que no saben leer, de los cuales hay, 5.034,545 varones y 6.802,846 hembras.

Segun la nueva clasificación por profesiones, artes y oficios, que hemos dicho es una de las mas interesantes, el número total de habitantes enunciado se descompone en 42,765 eclesiásticos; 19,320 asistentes al culto; 1,683 varones, 18,817 hembras en los institutos religiosos; 65,897 empleados activos y 7,215 cesantes y jubilados; 147,145 individuos del ejército en servicio activo y 11,192 retirados; 10,280 empleados activos en la armada y 41,444 matriculados; 5,009 capitanes de buques y 39,437 marineros en la marina mercante; 2,595 catedráticos y profesores; 1,396 maestros de enseñanza particular; 15,537 maestros y 7,789 maestras de primera enseñanza; 667,717 niños y 434,439 niñas que van á la escuela; 9,783 colegiales de primera enseñanza; 36,149 estudiantes de segunda enseñanza; 11,375 estudiantes de estudios superiores; 11,991 abogados; 5,061 escribanos y notarios; 2,545 procuradores; 13,994 médicos y cirujanos; 3,989 boticarios; 8,132 veterinarios y albeitaros; 5,853 dedicados á la bellas artes; 1,834 arquitectos y maestros de obra; 2,320 agrónomos y agrimensores; 1,466,061 propietarios; 510,527 arrendatarios; 71,556 dedicados al comercio; 13,457 fabricantes; 278,829 industriales varones; 54,457 hembras; 5,066 empleados en ferro-carriles; 551,093 artesanos varones y 114,558 hembras; 23,358 mineros; 99,728 jornaleros de las fabricas varones y 54,472 hembras; 2,354,110 jornaleros del campo; sirvientes 401,833 varones y 416,560 hembras; pobres de solemnidad 83,657 varones y 178,934 hembras; sordomudos 6,346 varones y 4,559 hembras; ciegos é imposibilitados 39,020 varones y 25,141 hembras.

En el censo general de la isla de Cuba se hace distinción entre la población blanca y la de color.

La población blanca comprende 793,484 habitantes. Clasificados por su sexo en 468,107 varones, 325,377 hembras; por su naturaleza en 748,318 nacionales y 9,285 extranjeros, 34,834 colonos asiáticos y 1,047 mejicanos; por su estado civil en 578,672 solteros, 181,101 casados, y 33,711 viudos; por su edad existen tambien varios términos: encontramos en el de 19 á 20 años 86,380 individuos, en el de 86 á 90 años 844, y en el de mas de 100 años 52.

Los habitantes que saben leer y escribir ó leer solamente son 241,457.

La población de color comprende 603,046, de los cuales 323,528 son varones y 279,518 hembras, subdivididos en 225,843 libres, 370,553 esclavos y 6,650 emancipados: se clasifican, atendiendo á su estado civil, en 542,068 solteros, 48,720 casados y 12,258 viudos; atendiendo á la edad, parándonos solo en la de los esclavos, encontramos entre otros términos, 7,723 menores de un año, 41,914 mayores de 16 y menores de 20 años, 61,898 de 31 á 40 años, 998 que reúnen la de 86 á 90, y 82 que pasan de 100.

Del número total de la población de color solo hay 26,780 que sepan leer y escribir ó leer solamente.

El número total de habitantes de esta isla se distribuye, segun la clasificación de profesiones, artes y oficios, de la manera siguiente: Existen 779 eclesiásticos; 4,933 empleados activos, 226 cesantes y jubilados; 22,526 militares en activo servicio y 450 retirados. La población blanca comprende 16,544 propietarios; 156,051 labradores; 26,204 comerciantes; 915 fabricantes; 99,688 industriales; 5,658 profesores de todas clases; 20,123 jornaleros; 1,476 pobres de solemnidad. La población de color se divide en 1,302 propietarios; 214,457 labradores; 342 comerciantes; 180 fabricantes; 77,705 industriales; 300 profesores; 39,865 jornaleros y 851 pobres de solemnidad.

La isla de Puerto Rico contiene, segun hemos dicho, 583,308 individuos, divididos tambien en el censo en población blanca y de color.

La población blanca comprende 300,406, distribuidos atendiendo á la naturaleza, en 298,630 nacionales, 1,726 extranjeros; al sexo, 154,328 varones, 146,078 hembras; al estado civil, en 211,400 solteros, 73,913 casados y 15,093 viudos; á la edad en 16 clasificaciones, siendo notable la de 1 á 5 años que contiene 67,930 individuos, la de 21 á 25 años, que comprende 30,594, la de los 91 á 95 años, que abarca 161, y la de los que pasan de 100, que tiene 27.

Del número total de la población saben leer y escribir ó leer solamente 44,914.

La población de color la forman 282,773 individuos, divididos en 241,037 libres y 41,029 esclavos; subdivididos los libres por su sexo en 120,423 varones y 120,614

hembras, 181,544 solteros, 48,818 casados y 10,675 viudos, y entre otros grupos por edad 58,758 menores de un año, 22,930 que tienen de 21 á 25 años, 521 de 86 á 90 años, y 47 que tienen mas de 100. La población esclava se subdivide por su sexo en 21,666 varones, 20,072 hembras; por su estado civil en 41,029 solteros, 593 casados, y 114 viudos; por su edad, fijándonos en las clasificaciones de los menores de 1 año, encontramos 1,123, en la de 21 á 25 4,159, en la de 31 á 40 años 6,031, y en la de mayores de 100 4.

Del conjunto de la población de color saben leer y escribir ó leer solamente 6,472.

La clasificación de los habitantes, atendiendo á las profesiones, artes y oficios, manifiesta que hay en la isla: 158 eclesiásticos; 874 empleados activos, 49 cesantes y jubilados; 11,133 militares activos y 117 retirados. La población blanca comprende 8,855 propietarios; 17,395 labradores; 3,091 comerciantes; 26 fabricantes; 871 industriales; 454 profesores de todas clases; 18,833 jornaleros; 833 pobres de solemnidad, 17,933 no contribuyentes; y la población de color se clasifica en 44 militares activos y 12 retirados; 4,563 propietarios; 9,642 labradores; 321 comerciantes; 6 fabricantes; 512 industriales; 15 profesores de todas clases; 21,755 jornaleros; 672 pobres de solemnidad; 17,286 no contribuyentes.

El limite que nos hemos trazado no nos permite expresar el sinnúmero de resultados parciales que se han obtenido en el trabajo á que nos referimos con la distribución de la población en las divisiones naturales y legales, y con los trabajos de comparación y proporción: exponemos sí, como a término de este artículo, que el aumento que hemos dicho que se nota en el número de habitantes obtenido en la última operación de recuento en la península é islas adyacentes, comparado con el del censo de 1857, no se forma con los contingentes de todas las provincias, sino compensando el crecimiento de la población en unas con la baja en otras, y que aquel se nota en 35 provincias siguiendo una escala cuyos extremos son el aumento de 16,587 habitantes que figura en la de Jaen, y el de 188 que presenta la de Gerona; y la baja en las provincias de Leon, Cáceres, Toledo, Málaga, Orense, Teruel, Salamanca, Segovia, Badajoz, Zamora, Cuenca, Almería, Granada, Palencia en gradación descendente desde el número de 8,462 habitantes de la primera hasta la de 15 de la última; debido á causas mas ó menos permanentes, á la ausencia temporal, á la emigración por falta de trabajo, á la superioridad del número de las defunciones sobre el de los nacimientos.

ANGEL BAS.

Correspondencia de Cochinchina.

Singapor, setiembre de 1863.

Acabo de visitar una parte del Cambodge subiendo el Me-Kong, ó mejor dicho, el Menam-Kong, lo que significa en lengua lao « Mar de las aguas de Kong. »

Este Me-Kong atraviesa el Cambodge y llega á la Baja Cochinchina, donde toma el nombre de Songlen para entrar en el mar de China. Al Me-Kong esta unido un célebre recuerdo poético: en una de sus embocaduras el naufrago Camoens pudo llegar á tierra nadando con una mano y llevando en la otra las *Lusiadas*. Este rio es muy caprichoso en su vasta corriente que puede calcularse en 3,000 kilómetros: ora se muestra profundo y navegable, ora esta sembrado de rocas y bancos de arena; el sitio mas peligroso que encuentra la navegación está hacia el 13º grado en el Cambodge, entre Sombok y Sombor, donde se forma una catarata bastante considerable, que sin embargo, puede atravesarse en la época de las altas aguas.

La anchura del Me-Kong entre Sombok y Sombor es de setecientos á ochocientos metros. Las orillas son escarpadas y fangosas; su altura viene á ser de seis metros sobre las aguas medianas, y sus principales habitantes son los aguilucho pescadores, inmensos pelicanos, caimanes en número incalculable, y algunos tigres que duermen en la espesura, beben en el torrente y cazan cuervos en el monte.

A estas últimas fieras hay que añadir los piratas, una de las calamidades del país, y muy numerosos en aquellas orillas. Uno de mis dibujos reproduce una emboscada de estos *industriales* que no se han atrevido á atacarnos. Todo el mundo esta tan alerta con ellos en el país, que en toda casa de alguna importancia hay siempre un vigilante que pasa la noche pegando en un gong, para advertirlos que no se duermen.

Con aguaceros como los de aquí á diciembre, y rios casi tan vastos como el Me-Kong, nadie extrañara si decimos que la comarca esta sometida á inundaciones gigantescas; en lo mas fuerte de estas inundaciones entre agosto y noviembre, todo el comercio, así como todos los viajes deben hacerse en barcas, pues es imposible cambiar de lugar por otro medio. Otro de mis dibujos demuestra el modo con que estan construidas las habitaciones para remediar este inconveniente en lo posible; las plantan sobre unas columnillas que las aislan del suelo. Y esta costumbre de habitar en alto se halla esparcida aun en los sitios adonde no alcanzan las inundaciones. Un enrejado de bambú sirve de suelo á la casa. Las habitaciones del Cambodge son mas pequeñas, aunque mas elegantes que las de la Cochinchina. Debajo esta el corral, donde las gallinas, los patos

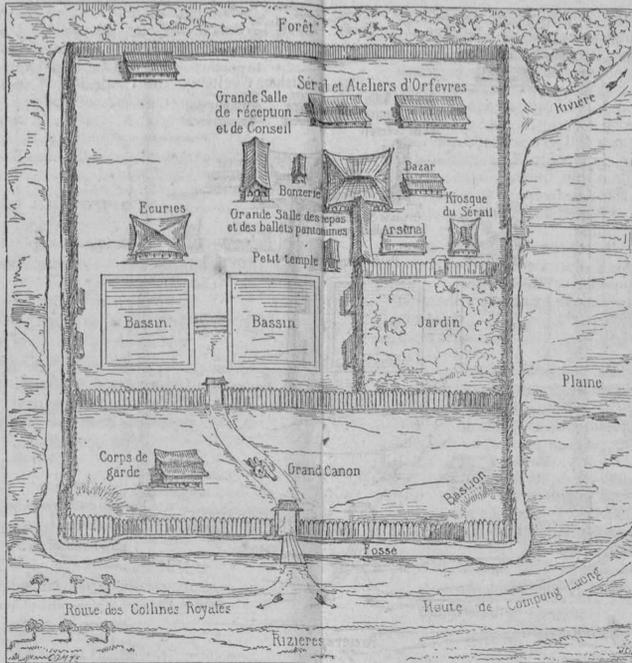


Casa del Cambodge en las márgenes del Me-Kong.

y los cerdos que se crían a sus anchas envían sus emanaciones a los pisos superiores.

Lo que llamaban antiguamente el *ilustre reino del Cambodge*, que se extendía, según dicen, del golfo de Bengala al mar de China, está hoy muy reducido y su importancia es muy escasa. Las poblaciones son actualmente poco numerosas; se hallan rodeadas de empalizadas, su forma es cuadrada invariablemente, y en cada ángulo se eleva una torre de piedra.

Ondoug, la capital, está situada hacia la mitad del cauce del río que lleva el mismo nombre, y no muy distante del Me-Kong. Aquí es donde vive el rey: el que reina en el día, pobre y débil soberano, estuvo en otro tiempo prisionero en Bangkok, donde reducido a la miseria mas extremada, ganaba su vida gobernando relojes, y en este instante trata el infeliz de imitar a los europeos. Yo he tenido el honor



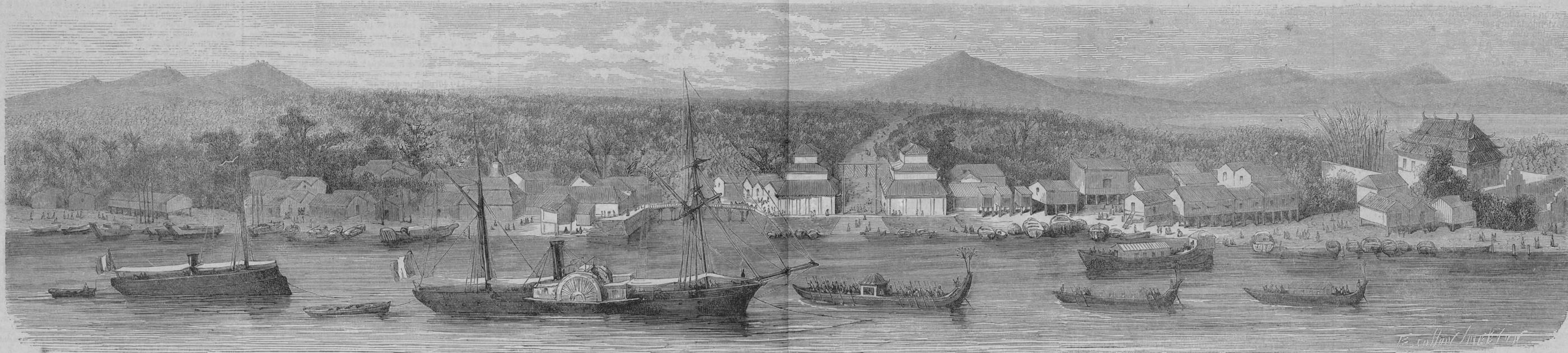
Plano del palacio del rey en Ondoug.

de ver a este famélico monarca, y debo decir que se muestra muy benévolo con los extranjeros. Su palacio, acompañado de la casa de Moneda y del Arsenal, se halla en el centro de la población y está cercado con una pared de ladrillos bastante baja; el resto de la capital, rodeado de una empalizada de 3 a 4 metros de altura, se compone de una serie de casas, de las cuales las menos miserables de aspecto son las residencias de los nobles. Es verdaderamente la capital del reino de la Pobreza.

Campong-Lueng es una aldea poco distante de Ondoug, donde hay una feria considerable de tiempo en tiempo. Aquí estuvo antiguamente el colegio general de las Misiones orientales. En todo el país está sembrado el suelo de restos de toda especie que anuncian una civilización antigua muy adelantada, pero que en el día ha desaparecido casi enteramente.



Emboscada de piratas en las orillas del Me-Kong.



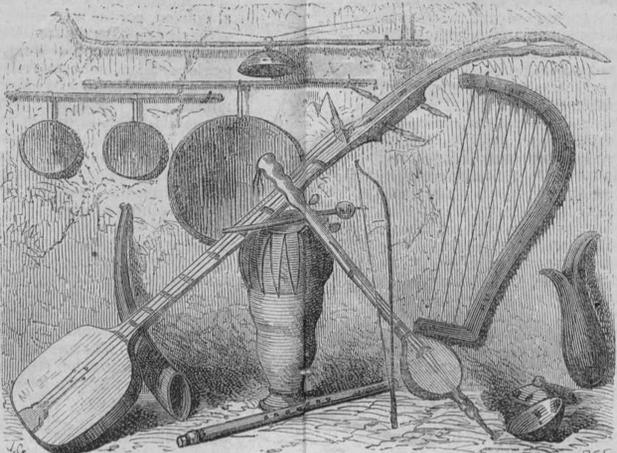
EXPEDICION AL INTERIOR DEL CAMBODGE. — Vista general de Campong-Lueng (aldea del rey) en el Me-Kong.



Carro del Cambodge.

Las necesidades de este pueblo apático han salvado sin embargo, como a pesar suyo, por tradición, una parte de los objetos que estuvieron en uso entre las razas que habitaron el país. De este modo, he visto con sorpresa armas é instrumentos de música cuya originalidad denotaba mas civilización que la que hoy puede observarse. Por fin, una larga visita a Augkor-Vot me aclaró el misterio. (No puedo decir la célebre Augkor, porque su nombre es de ayer para la Europa; pero un día llegara en que los ruinosos palacios de la antigua ciudad nos descubrirán un poderoso imperio.) Aquí se dice Augkor-Thom, esto es, Augkor la Grande.

Vot es su templo; y en él, sobre inmensos bajo-relieves de muchos centena-



Instrumentos de música del Cambodge.

res de metros de largo con una altura de cinco ó seis, entre una porción de guerreros, elefantes, caballos, pájaros y dragones fantásticos, se encuentran el quitasol, los abanicos indios, los sables, los timbales, los gongs chinos, los estandartes, las lanzas, los arcos, flechas y escudos; luego hay también los instrumentos particulares del Cambodge, una especie de guadaña en forma de bayoneta lisa, el tro, violín de madera y de piel, el inmenso chapeye de seis piés de largo, guitarra de madera dura, el sadhiu con cuerdas de cobre, la chloye, flauta primitiva, y por último, el rheté, carro singular que se usa todavía en el país.

Es probable no obstante, que los antiguos no le cons-



Atajo natural del Sombor.

truían enteramente con las mismas materias, pues puedo certificar por experiencia, que un carro de estos se viene á romper una vez cada día, lo que habria sido muy peligroso en los choques de los combates. Los cubos de sus ruedas son largos cilindros de palo de hierro que vuelven sobre una vara inmóvil, la cual es un simple pedazo de madera de 3 centímetros de diámetro, fija por sus extremidades interiores en el eje, y exteriormente en una tabla larga; generalmente, cuatro ó cinco horas de marcha un poco acelerada bastan para usar ó quemar la vara de madera.

Tales son los carruajes con que hemos atravesado mas de una vez los llanos y los montes; pero seamos justos diciendo que los habian cubierto con yerbas y con hojas.

Mas arriba he hablado de los antiguos instrumentos de música, y debo ahora añadir que se usan algunos de ellos todavía. He asistido una mañana en una casa á un concierto instrumental y vocal, y he visto que los principales instrumentos eran el gong de rigor, los timbales, y una guitarra de tres cuerdas de metal que tocan con un dedo del pié. Los diletantis del Cambodge estaban extasiados, pero por mi parte, puedo asegurar que en mi vida he oído una cencerrada como aquella. La cacofonia parece ser la regla suprema de la música en el país, y los artistas la observan concienzudamente. No tardaré en añadir mas pormenores. S.

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Sin embargo, me separaria de él, repuso el banquero con un ademán afirmativo y aumentando su firmeza viendo la turbacion del doctor. Sí, quisiera pedir á mi amigo que hiciera este sacrificio, y solo espero ya una palabra de su boca. Estoy seguro de que esa fragua le es fatal. Así pues, sancionad mi deseo con vuestra autoridad, mandadle que se separe de ella, doctor... hacedlo por su hija, amigo mio.

Era un espectáculo curioso la reñida lucha que se trababa en el alma de M. Manette.

— En su nombre, dijo, podeis hacer lo que os parezca; consiento. Pero pido que no se quite ese objeto en presencia de vuestro amigo. Aprovechad para eso un momento en que no esté en Londres, y haced de modo que una ausencia de algunos dias le haya preparado á la pérdida de su compañero.

M. Lorry se apresuró á acceder á lo que se le pedia; despues cortó la conversacion, y propuso al doctor ir á pasar algunos dias en el campo.

Los tres dias siguientes trascurrieron sin novedad, y M. Manette, completamente restablecido, se disponia á partir para ir á reunirse con los recién casados. Como se le habia dicho la estratagema de que se habian valido para ocultar á su hija su estado, escribió en el mismo sentido al anunciar su partida, y Lucia no tuvo la menor sospecha de lo que habia sucedido.

La misma noche que siguió á la partida del doctor, M. Lorry, armado de un escoplo, un hacha, una sierra y un martillo y acompañado de la señora Pross que llevaba la luz, entró en el despacho de M. Manette, y despues de cerrar la puerta con ademán misterioso, procedió á la destruccion del banquillo del zapatero, en tanto que el aya, cuya figura displicente estaba en armonia con el acto, alumbraba como si asistiera á un asesinato. Cuando el banquillo quedó convertido en astillas, quemaron los restos en la chimenea de la cocina, y despues se trasladaron al jardin para hacer un auto de fe con los instrumentos, los zapatos y el cuero.

El horror que inspira á las almas honradas la destruccion y el misterio es tan grande, que al cumplir con su accion caritativa y hacer desaparecer sus huellas, M. Lorry y la señora Pross sentian las mismas emociones y estaban tan pálidos como si perpetrasen un crimen espantoso.

CAPITULO XX.

UN DEFENSOR.

Sydney Cartone fué el primero que se presentó á felicitar á los novios cuando Carlos Darnay, Lucia y el doctor regresaron á Londres. Sus hábitos no se habian mejorado y mucho menos su exterior, pero se veia en él cierto aspecto de amabilidad que era completamente nuevo para Carlos.

Cartone acechó la ocasion de llevar á Darnay á una ventana para poder hablarle sin que les oyesen.

— Señor Darnay, le dijo, deseo que seamos amigos.

— ¿No lo somos ya, señor Cartone?

— En efecto, pero no estoy satisfecho con nuestra antigua amistad.

— ¿Qué deseais pues?

— Deseo otra cosa: al expresar el anhelo sincero de ser vuestro amigo, no doy á mis palabras el sentido que podriais atribuirles.

— Explicaos, Cartone.

— ¡Explicarme! respondió Cartone sonriendo. Lo que quiero decir es mas fácil de concebir que de expli-

car, y especialmente de hacéroslo comprender. Sin embargo, voy á intentarlo. ¿Os acordais de cierta circunstancia memorable en que estaba algo mas embriagado... de lo que acostumbro?

— Lo único que recuerdo es que en una circunstancia muy memorable en verdad, me obligásteis á confesar que habiais bebido mas de lo regular.

— ¡Cuanto lo recuerdo, señor Darnay! La memoria de esos dias malditos pesa terriblemente sobre mi alma. Espero que algun dia, cuando todo haya acabado para mi, será tomado en consideracion todo lo que he sufrido. Pero no os asustéis, no tengo intencion de predicar.

— ¿Porqué me he de asustar? La animacion es en vos un síntoma propio para tranquilizar.

— Bien, bien, dijo el abogado haciendo un ademán como para alejar estas palabras. En la circunstancia de que se trata, en la cual estaba ebrio, cosa por otra parte bastante frecuente, usé con vos de un lenguaje inconveniente, y tendria una satisfaccion en que lo olvidáseis.

— ¡Me recordais sucesos tan antiguos!

— Sin embargo, M. Darnay, á mi me cuesta mucho olvidar, y aquella noche está muy presente en mi memoria para que una frase cortés pueda borrarla.

— Perdonad si no he hablado con formalidad de un asunto que me parece tan trivial, respondió Carlos, y confieso mi sorpresa al ver la importancia que le dáis. Declaro por mi honor que hacia mucho tiempo que habia olvidado esos detalles, y por otra parte ¿de qué podria acordarme sino del eminente servicio que me prestásteis entonces?

— Servicio insignificante, repuso Cartone, un simple medio de defensa; á eso se reduce todo. Me veo obligado á deciros que me cuidaba muy poco de seros útil cuando os lo presté: advertid que hablo refiriéndome á lo pasado.

— Tratais muy ligeramente la obligacion que os conservo, dijo Darnay.

— Es la pura verdad; creedlo. Pero me he salido de la cuestion, porque os preguntaba si podiamos ser amigos. Ya me conoceis, sabeis que soy indigno de tratarme con una persona decente; preguntádselo á Stryver y os lo dirá como yo.

— No necesito consultar á nadie para formar una opinion.

— Como gustéis. En todo caso, sabeis que soy un miserable que jamas ha hecho nada y que nunca hará nada bueno.

— No sé si exagerais.

— No exagero, no, digo la verdad, y podeis creerme. Así pues, si no os repugna admitir en vuestro aprecio á un ser de mi especie, á un hombre sin mérito ni reputacion, desearia que me diérais licencia para venir aquí algunas veces á ser considerado como un objeto inútil á pesar de la semejanza que existe entre nosotros, como un mueble que se tolera por sus antiguos servicios y del cual no se hace caso. No os figureis que abusaré del permiso; podria apostarse ciento contra uno á que solo lo aprovecharé tres ó cuatro veces al año, pero será para mi una grata satisfaccion el pensar que podria venir con mas frecuencia.

— En ese caso aprovechadlo.

— ¿Es decir, que no rechazais mi demanda? Mil gracias, Darnay, ¿Puedo autorizarme con vuestro nombre para gozar de esa libertad?

— Desde hoy, Cartone.

Se estrecharon la mano, y Sydney se alejó. Un minuto despues habia vuelto á abismarse en su indolencia, y no era mas, segun su costumbre, que una sombra de sí mismo.

En el trascurso de la velada, cuando Carlos Darnay se encontró solo en familia, incluso M. Lorry, dijo alguna cosa sobre la conversacion que habia tenido con Sydney, y habló del abogado como de un problema indefinible, de un conjunto de desórden y de indolencia, pero habló sin amargura, sin enojo, y como cualquiera otro lo hubiera hecho juzgando por las apariencias.

Carlos estaba muy lejos de pensar que su mujer habia oido con interés lo que decia sobre Cartone; pero cuando subió á su aposento encontró allí á Lucia que le esperaba, y en cuya frente encantadora se veia una aruga profunda.

— Estamos muy pensativos esta noche, dijo Carlos abrazándola por la cintura.

— Sí, dijo Lucia poniendo las manos sobre el pecho de su esposo y dirigiéndole una mirada grave y penetrante, estoy pensativa porque guardo un pesar en mi corazón.

— ¿Qué pesar es ese, querida Lucia?

— ¿Me prometes no repetir las preguntas cuando no quiera responder?

— ¡Sí, lo prometo! ¿Qué no te prometeria yo, ángel querido?

En efecto, ¿qué podria negar á aquella mujer encantadora cuyos rubios cabellos separa para ver mejor el rostro, en tanto que la otra mano está apoyada en aquel corazón cuyos latidos son para él?

— Carlos, ese pobre Cartone merece ser tratado con mas consideracion y respeto de lo que lo has hecho esta noche.

— ¿Será cierto, ángel mio? ¿Y porqué?

— Hé aquí una de las preguntas á que no debo responder, pero estoy segura de lo que digo.

— Eso me basta; tambien yo lo creo. ¿Cuáles son ahora tus órdenes, alma mia?

— Quisiera suplicarte que seas generoso con él, Carlos querido, que tengas indulgencia con sus defectos, y

le defiendas cuando esté ausente. Quisiera persuadirte de que tiene buenos sentimientos, porque aunque pocas veces lo manifiesta, abraja un corazón desgarrado por profundas heridas. Yo he podido verlas, y sus lágrimas cayeron un dia á mi lado.

— Siento en el alma haber sido injusto con un hombre que te ha descubierto su corazón, repuso Carlos sumamente sorprendido; nunca hubiera pensado que Cartone abrigara sentimientos de ternura. Le compadezco.

— Es cierto, Carlos. Temo que hemos llegado tarde para salvarle, y tal vez no tiene remedio ya su situacion, pero estoy segura de que es capaz de lealtad, de sacrificio, de una accion magnánima.

Estaba tan hermosa en la pureza de su fe en aquel hombre perdido, que Carlos hubiera pasado horas enteras contemplándola en aquella actitud.

— ¡Carlos querido! dijo Lucia apoyando la cabeza en su pecho y alzando los ojos hacia los suyos, recuerda cuánta fuerza nos da la ventura y cuán débil es él en su miseria.

— No lo olvidaré, vida mia, respondió Carlos profundamente conmovido; lo recordaré hasta mi postrer momento.

E inclinándose hacia aquella cabeza adorada, acercó sus labios á aquellos labios de rosa y estrechó con sus brazos aquella cintura graciosa y esbelta.

Si el hombre solitario que en aquel momento recorria las calles oscuras hubiera podido oír su tierna confidencia, si hubiera podido ver las lágrimas de piedad que brotaban de sus ojos azules y que Carlos enjugaba con sus labios, hubiera exclamado en las tinieblas, y quizá no por vez primera:

— ¡Bendita sea por su dulce compasion!

CAPITULO XXI.

ECOS.

Como hemos dicho ya en uno de los capítulos anteriores, ¿qué albergue tan prodigioso para los ecos era el que habitaba el doctor Manette!

Ocupada sin cesar en hilar la seda y el oro con que se tejia la vida tranquila y feliz de su esposo, de su padre, de la señora Pross y de ella misma, Lucia Darnay estaba sentada junto á la ventana escuchando los pasos cuyo eco le traia aquel albergue pacífico y sonoro.

Aunque su dicha le parecia superior á cuanto podia imaginar, en los primeros dias de su union dejaba algunas veces su labor y oscurecian sus ojos las lágrimas, porque habia en el eco un rumor lejano, rumor ligero, murmullo confuso que llegaba hasta su corazón. La esperanza de un amor desconocido y el temor de cesar de vivir en el momento de gozar estas nuevas delicias luchaban en su alma, y creia oír entonces entre los sonidos que la rodeaban el rumor de los pasos que se dirigian hacia su propia tumba, y sus lágrimas brotaban á torrentes al pensar que su esposo se quedaria solo hundiéndole su muerte en la desesperacion.

Estas inquietudes pasaron, y el eco añadió al rumor de los pasos que se acercaban el de los pasos de un niño. Por grande que fuera el ruido que le traian los ecos exteriores, Lucia, sentada junto á una cuna, oia aproximarse el desigual rumor de las pisadas de un niño y el acento de una vocecita que balbuceaba. Uno y otro llegaron, y la morada sombría se iluminó con una risa fresca y jovial, y el amigo celeste de los niños á quien en sus padecimientos habia confiado la madre el suyo, pareció tender sus brazos á la inocente criatura trocando su proteccion en un júbilo sagrado para la jóven.

Lucia, ocupada sin descanso en hilar el lazo de oro que los unia y añadiendo su dulce influencia á la trama de su vida sin mostrarla en parte alguna, solo escuchó durante algunos años rumores cariñosos y propicios. El paso de su marido anunciaba la fuerza y la felicidad, el de su padre era igual y firme, y el aya, cubierta con su arnés rústico, despertaba vigorosamente el eco cada vez que andaba por debajo del plátano, como un caballo de batalla que da resoplidos y hiere el suelo con impaciencia.

Hasta las lágrimas brotaron sin amargura cuando vinieron á mezclarse con los rumores exteriores, cuando unos cabellos dorados, iguales á los de Lucia, rodearon con una aureola el rostro marchito de un niño que con voz apagada decia sonriendo á su padre y á su madre: — Siento dejaros y separarme de mi hermana, pero me llaman y es forzoso que parta.

Cuando el espíritu que se le habia confiado se escapó de sus brazos, no vertió la madre lágrimas de desesperacion, y dijo resignada: — Dejadle que parta á ver la faz del Señor. ¡Benditas sean vuestras palabras, Dios mio!

El rumor de las alas de un ángel se unió á todos los rumores del eco, y añadió alguna cosa celestial. Los suspiros de la brisa que besaba el pequeño mausoleo del jardin se agregaron tambien, y Lucia los oia murmurar en el aire como se oyen suspirar las olas en la playa donde están dormidas, y sin dejar de trabajar, prestaba oído á sus murmullos, en tanto que su hija estudiaba con gravedad cómica la leccion de la mañana, ó sentada á los piés de su madre, vestia su muñeca balbuceando en la lengua de las dos ciudades que eran su doble patria.

Apenas reproducia el eco los pasos de Cartone, pues solo hacia uso cinco ó seis veces al año del privilegio que habia obtenido de ir sin ser invitado y de pasar algunas horas con sus amigos como lo hacia en otro tiem-

po con frecuencia. Nunca habia bebido cuando iba á casa del doctor, y sobre este punto el eco murmuraba otra cosa que han murmurado de siglo en siglo los ecos fieles.

Un hombre que amó realmente á una mujer y que despues de haberla perdido ha conservado su amor con toda intensidad, no puede nunca volver á verla sin evocar en el hijo de esta mujer una simpatía extraña, una piedad delicada é instintiva hácia él. ¿Cuáles son las corrientes invisibles que en tales casos despiertan esta sensibilidad exquisita? Ningun eco lo explica, pero el hecho es cierto y se demostró en Cartone. Este fué el primer extraño á quien la tierna Lucia tendió sus brazos llenos de hoyuelos, y al crecer le guardó esta preferencia. El niño que habia muerto habló de Sydney en sus últimos momentos.

— ¡Pobre Cartone! balbuceó. Dale un beso por mí.

M. Stryver continuaba haciendo progresos en el foro, siguiendo su camino como una poderosa locomotora que pasa á viva fuerza al través del agua cenagosa, y arastraba en pos á su indispensable amigo como un barco á remolque. Se sabe que en general los barcos que gozan de este favor se encuentran en una posición nada ventajosa y casi siempre sumergidos, de lo cual resultaba que el desgraciado Cartone estaba casi siempre encorvado. Pero el hábito, que es tan fuerte y tan cómodo, tenia mas fuerza en él que el sentimiento de degradación á que le hacia llegar esta manera de vivir, y no pensaba ya en salir de la innoble dependencia en que le tenia su odioso compañero.

Stryver era rico, y se habia casado con una viuda joven aun, que poseía una envidiable fortuna, y tres hijos que no tenían de brillante en toda su persona mas que los cabellos lacios de sus cabezas que se parecían á tres cepillos.

El abogado, exhalando por todos los poros un aire de protección de la cualidad mas ofensiva, salió un día de su casa precedido de los tres hijos de su mujer, los llevó al albergue pacífico de Soho, y los presentó como alumnos á Carlos Darnay, exclamando con delicadeza:

— Amigo mio, recibid los tres pedazos de pan que traigo á vuestra despensa matrimonial.

La negativa de aquellos tres pedazos de pan hinchó á M. Stryver de una indignación que redundó en beneficio de los tres muchachos, haciéndoles comprender el orgullo de los descamisados á cuya categoría pertenecía, segun su padrastro, aquel insolente profesor de idiomas.

Nuestro abogado tenia tambien la costumbre de contar entre vaso y vaso á la señora Stryver los manejos de que se habia valido la señora Darnay en otro tiempo para seducirle, y de extenderse con elocuencia « sobre los artificios que habia opuesto á tan insidiosos manejos y que le libraron de ser su víctima. »

Algunos de sus colegas del banco del rey, que iban de vez en cuando á participar de su excelente vino y de la susodicha elocuencia, excusaban á su amigo diciendo que de puro repetir aquella mentira habia acabado por creerla; circunstancia tan agravante por el contrario del delito primitivo, que hubiera motivado la prision del culpable y su ejecucion en un lugar apartado.

Todas estas conversaciones repetidas por el eco se añadan á los rumores lejanos que Lucia Darnay, unas veces pensativa y otras risueña y divertida, escuchaba desde el fondo de su albergue sonoro. No es necesario decirnos cuán gratos eran á su oído los ecos de los pasos de su hija, de su esposo y de su padre, lleno siempre de fuerza y actividad; qué encanto tenia tambien para ella el eco de la felicidad que reinaba en su casa, en la que el orden se unía á la elegancia; cuánto se regocijaba en encontrar en el eco esa seguridad mil veces repetida por su padre de que se creía mas querido aun desde su casamiento, y cuánto amaba el eco de las palabras que Carlos le habia dirigido con frecuencia, cuando enternecido por las pruebas de amor que le daba sin cesar, le preguntaba por qué secreto mágico hallaba el medio de dedicarse exclusivamente á cada uno de ellos, como si cada cual hubiese sido uno solo, y de no parecer nunca atareada ni absorbida por sus deberes.

Pero al mismo tiempo bramaban á lo lejos sordos rumores, cuya voz amenazadora repercutía el eco, y era el preludio espantoso de una horrible tempestad que se anunció en el hogar pacífico del doctor en la época en que Lucia iba á cumplir siete años.

Una noche de mediados de julio de 1789 M. Lorry entró en casa de los Manette, y aunque era muy tarde, acababa de salir del despacho de Tellson. Tomó un asiento y se colocó entre Lucia y Carlos cerca de la ventana. La sala no estaba alumbrada, y el calor sofocante y el cielo oscuro y nublado recordaron á los tres amigos la tempestad cuyos relámpagos siniestros habian contemplado un domingo á aquella misma hora.

— Principiaba á creer, dijo M. Lorry arreglándose la peluca, que iba á pasar la noche en el despacho; hemos tenido tanto que hacer desde esta mañana, que no sabemos adonde volvernos. Reina tan viva inquietud en Paris, que estamos literalmente muertos de cansancio; todo el mundo nos confía su fortuna, y al ver la precipitación con que nos asedian, se creeria que los franceses están atacados de una manía universal de colocar sus fondos en Inglaterra.

— ¡Mal presagio! dijo Carlos.

— Es posible, querido Darnay, pero hasta ahora no veo motivo alguno fundado para tanta alarma. Nos hacemos viejos en casa de Tellson, y no debian imponernos un aumento de trabajo tan enorme sin una razon poderosa.

— Ya sabeis, cuán encapotado está el cielo.

— No lo niego, dijo el banquero tratando de persuadirse á sí propio de que estaba de mal humor y que lo manifestaban sus palabras; pero despues de la barandada de este largo día, estoy resuelto á desahogar mi enojo. ¿En dónde está el doctor?

— Aquí, señor Lorry, respondió M. Manette que acababa de entrar en la sala.

— Me alegro, porque el desorden y el estado de precipitación en que me he encontrado todo el día, sin tener en cuenta esos tristes presagios, han excitado de una manera extraordinaria mis nervios. Supongo que vais á salir.

— No, y si os parece bien, vamos á jugar nuestra partida de todas las noches, dijo el doctor.

— Creo que no me parece bien, si me es permitido ser franco, pero no seré capaz de oponerme. ¿Han quitado las tazas y el té, Lucia?

— No, señor; han quedado aquí para vos.

— ¡Gracias, amiga mia, gracias! ¿El angelito está acostado?

— Duerme profundamente.

— ¿Sigue bien?

— Muy bien.

— Es justo, ¿porqué no? No veo ningun motivo á Dios gracias para que no sea toda felicidad en esta casa bendita. Pero ¡me he aturrullado tanto hoy! Conozco que me voy haciendo viejo. ¿Esta es mi taza de té? Gracias, hija mia; sentaos, no estéis en pié, y guardemos silencio para escuchar el eco. Teneis sobre el tal eco una teoría completa.

— No es una teoría.

— ¿Pues qué es?

— Un convencimiento.

— No lo negaré, bella Lucia. En todo caso, los rumores que nos trae son numerosos; ¡escuchad!

Pasos rápidos y confusos que se precipitaban en la vida de cada cual y se atropellaban con violencia, pasos cuya huella sangrienta seria difícil borrar un día, recorrian con furor las calles lejanas mientras nuestros amigos de Londres estaban sentados junto á su ventana oscura.

Aquella misma mañana el arrabal de San Antonio habia ofrecido una sombría masa de espantajos, cuyas oleadas se agitaban bajo los relámpagos de las cortantes hojas alumbradas por el sol. Al rugido espantoso exhalado de la garganta del santo patron, se habia alzado un bosque de brazos desnudos, parecidos á las ramas marchitas que agita el viento de invierno, y todas aquellas manos avidas se habian apoderado de las armas que les arrojaban de las bodegas y de todo lo que podia servirles, cuidándose muy poco del lugar donde se las proporcionaban.

¿Quien las habia dado? ¿quién las habia recogido? ¿Por qué conducto vibraban sobre sus cabezas cuando brillaban de veinte en veinte en el aire adonde las habian lanzado? Nadie podria decirlo, pero se repartian fusiles, cartuchos, pólvora y balas, barrotes de hierro, palancas, cuchillos, hachas, picas, y todos los instrumentos que el espíritu humano en su demencia puede convertir en medio de destruccion. Los que no encontraron otra cosa, arrancaron las piedras y los ladrillos de las paredes; san Antonio tenia fiebre, y cada uno de sus miembros estaba en su delirio dispuesto á sacrificar su vida.

Así como las aguas se precipitan hácia el centro en un remolino, la multitud se agrupa en su vértigo en torno de la casa del tabernero, y cada una de las gotas humanas que forman esta ola bullidora es atraída hácia el punto donde Defarge, manchado de sudor y de pólvora, da órdenes, distribuye fusiles, rechaza á este, llama á aquel, desarma á uno para armar á otro, y sus brazos se agitan en medio del tumulto.

— No te alejes, dijo á Juan tercero; Juan primero y Juan segundo, separaos y colocaos á la cabeza de un grupo de patriotas. ¿En dónde está mi mujer?

— ¡Aquí! respondió la señora Defarge tan impasible como siempre, pero sin hacer media aquel día. En vez del algodón y de la aguja, su mano empuñaba una hacha, y colgaban de su cintura una pistola y un cuchillo cruelmente afilado.

— ¿A dónde vas? le preguntó su marido.

— Con vosotros, respondió; me pongo al frente de las mujeres.

— ¡Estamos prontos; marchemos! gritó Defarge con voz de trueno. Patriotas y amigos, ¡á la Bastilla! ¡á la Bastilla!

Como si la voz de toda la Francia hubiera resonado en esta palabra execrada, el oleaje humano se alza rugiendo, las olas se estrechan, y el fondo del abismo se precipita hácia el cielo.

Al tañido de las campanas tocando á rebato, al redoble de los tambores y á la voz atronadora de aquel mar furioso que se desata de su orilla, principia el ataque de los profundos fosos, del doble puente levadizo, de los recios muros, de las ocho grandes torres, de los cañones y de los fusiles.

Al través del fuego y del humo, y hasta en medio del fuego, se ve á Defarge á la cabeza de los sitiadores. El oleaje le ha arrastrado hácia un cañon, y al instante se convierte en artillero, pero hace dos horas que pelea como un valiente.

Delante de la turba furiosa se ven aun un foso, un puente levadizo, muros de piedra, ocho grandes torres, cañones y metralla.

— ¡Adelante, compañeros! ¡A ellos, Juan primero, Juan segundo, Juan tercero, Juan quinientos, Juan veinte mil! En nombre de los santos ó en nombre del diablo, segun lo que adorais, ¡á ellos! grita el tabernero

sin separarse del cañon cuyo metal está ya enrojecido.

— ¡Mujeres, seguidme! grita tambien la señora Defarge. Lo mismo que los hombres podremos matar cuando sucumba la plaza.

Y acude hácia ella lanzando salvajes alaridos un enjambre de mujeres diversamente armadas, pero impedidas todas por el hambre y la venganza.

¡Fuego y humo! ¡cañones y metralla! Se ven aun el foso profundo, el puente levadizo, las recias murallas y los ocho torreones. La oleada furiosa se arremolina y separa con la caída de los heridos: las armas centellean, chisporrotean las antorchas, y los carros de heno mojado arden y humean: se alzan barricadas en todas direcciones: se oyen por do quiera clamores, gritos de entusiasmo, de odio y de valor, sordos crujidos, la voz de la artillería y los rugidos furiosos de aquellas olas vivientes, y se ven aun el foso profundo, el último puente levadizo, las paredes de piedra y los ocho torreones. El cañon de Defarge está candente tras cuatro horas de espantoso combate.

¡Una bandera blanca en la fortaleza y despues un oficial! Apenas se le ve al través del humo, y no se oye nada de lo que la voz pronuncia.

De pronto el mar furioso se extiende y levanta, arastra á Defarge y le lleva mas allá del puente levadizo, dentro de los muros, y le deja en medio de las grandes torres que al fin se han rendido.

La fuerza que le arrastra es tan irresistible, que no puede volver la cabeza ni cobrar aliento hasta que llega al patio de la Bastilla. Apoyado en la pared, hace un esfuerzo y mira en torno suyo. Juan tercero está á su lado, y la señora Defarge, siempre á la cabeza de las mujeres y con el cuchillo en la mano, se halla á poca distancia.

Todo es estruendo, gritería, alegría delirante, loca embriaguez, ademanes desenfadados.

— ¡Los presos!

— ¡Los archivos!

— ¡Los calabozos!

— ¡Los instrumentos de tortura!

Pero de todos estos gritos y de otros mil que se alzan de la turba, el único que se repite es el que reclama los presos; y el oleaje se precipita en la cárcel, como si la eternidad existiera para el suplicio lo mismo que para el tiempo y el espacio, y debiera volver á encontrar en aquellas paredes á todos los cautivos que habian encerrado.

Las primeras olas penetraron arrastrando con ellas á los empleados de la cárcel, amenazándoles con la muerte si quedaba un solo rincón que no les enseñasen. Defarge se apoderó de uno de los carceleros, un hombre caoso que llevaba una antorcha en la mano, le separó de la multitud y le arrinconó en la pared.

— Llévame á la torre del Norte, le dijo.

— Venid, respondió el carcelero, pero no encontréis allí á nadie.

— ¿Qué significan estas palabras: 105, torre del Norte? preguntó Defarge. Responde pronto. ¿Designan al preso, ó su calabozo? ¡Responde... ó mueres!

— ¡Mátale! gritó Juan tercero que se acercó á ellos.

— Es el calabozo, señor.

— Enséñamelo.

— Por aquí, señor, por aquí.

Juan tercero, evidentemente chasqueado con la conclusion pacífica del dialogo, tuvo que ceder al mandato de Defarge que se apoderó de él como se habia apoderado antes del carcelero. Habian tenido que acercarse sus tres cabezas y gritarse al oído lo que tenían que decirse, y apenas habian podido entenderse en medio del estruendo que hacia el oleaje popular al invadir los patios, los corredores y las escaleras, en tanto que en el exterior atacaba las paredes y se exhalaban de entre aquellos rugidos aclamaciones lanzadas al aire como la fina espuma de las olas.

Defarge, su amigo y el carcelero atravesaron apresuradamente las sombrías bóvedas donde jamás penetró la luz del sol, cruzaron las puertas de asquerosas cavernas, bajaron por escaleras tenebrosas, y despues escalaron entre dos paredes surcos que se parecían al álveo enjuto de un torrente. La multitud les siguió al principio, pero cuando subian por la escalera de caracol que conducía hasta el extremo de la torre, no tan solo no les seguía nadie, sino que el estruendo de la tempestad no era ya para ellos mas que un murmullo ahogado como si les hubiera ensordecido la violencia del huracan.

El carcelero se paró delante de una puerta baja, puso la llave en una cerradura que rechinó, y dijo empujando la puerta con esfuerzo:

— Este es el número 105.

Un agujero cuadrado, defendido por una doble reja de hierro, abierto en lo alto de la pared y oculto en las tres cuartas partes de su diámetro por ladrillos, de modo que para ver el cielo era preciso echarse al pié de la pared y alzar los ojos perpendicularmente, servía de ventana á aquel sitio maldito. Se veía en él una pequeña chimenea cruzada por enormes barrotes á algunos piés del suelo; habia aun en ella un monton de ceniza fria, y un banquillo, una mesa y un jergon formaban todo su mueblaje. Las cuatro paredes estaban ennegrecidas, y en una de ellas habia una anilla de hierro cubierta de orin.

— Pasa lentamente la antorcha por delante de estas paredes para que pueda verlas, dijo Defarge al carcelero.

Este obedeció, y el tabernero, con los ojos fijos en la pared, siguió la luz con atencion.

(Se continuará.)



EL CARNAVAL DE 1864. — Los spahis en el baile de máscaras de la Opera.

VERIDICA HISTORIA DEL SEÑOR CRIPTOGAMO PAPANATAS,

EN LA QUE SE CUENTA COMO Y DE QUE MODO, AL CABO DE MIL VICISITUDES Y AVENTURAS A CUAL MAS EXTRAORDINARIAS, CRIPTOGAMO PAPANATAS VINO A CASARSE EN EL VIENTRE DE UNA BALLENA, Y GUARDANDOSE DE BIGAMIA, LLEGO A SER PADRE DE OCHO HIJOS DE UN PRIMER MATRIMONIO.

PRIMERA PARTE.



A la edad de 35 años, Criptógamo conserva su eterna afición á la historia natural.



Quando coge una mariposa, la clava en su sombrero.



Por la noche la desclava de su sombrero y la vuelve á clavar en su coleccion.



Despues de lo cual se acuesta y se extasia soñando con países llenos de mariposas clavadas.



Mientras Criptógamo sueña con las mariposas, Elvira, de edad de 36 años, sueña extasiándose también en su próximo enlace con su adorado tormento.



Pero la aurora la incomoda, porque la trae la realidad, que es tan inferior á los sueños.



A decir verdad, Criptógamo piensa más en las mariposas que en los amores.



Su estilo es desabrido y frio.



Ya ha dado la hora del paseo matutino, y aun no se ha presentado.



Con efecto, Criptógamo se ha levantado tarde y se viste muy despacio.



La idea del paseo matutino le inspira serias reflexiones.



Se pregunta si es él capaz de hacer dichosa á Elvira.



Y luego si es capaz Elvira de hacerle á él dichoso.



Después cruzan por su mente ideas de marcha secreta, de destierro voluntario, de mariposas exóticas.



Y sobre esto Criptógamo se viste, se encasqueta el sombrero y escribe la carta de eterna despedida que será entregada á Elvira después de su fuga.



Llaman á la puerta, y Criptógamo tiene la imprudencia de gritar que no está en casa.



De modo que Elvira derriba la puerta y sorprende los proyectos de su amante.

(Se continuará.)

Un amor inalterable.

(Conclusion.)

De esta suerte pasó una media hora, durante la cual ni la mas ligera duda vino á destruir su confianza.

Y cuando despues de un largo rato levantó la cabeza paseando una mirada á su alrededor, vió una forma blanca volver la calle, adelantándose hacia él.

Antes de reconocerla habia adivinado á Margarita.

En efecto, era ella.

Margarita iba sola, seguida á alguna distancia por un hermoso perro de caza.

¿Habia sido llevada á este sitio á tal hora por alguna atracción magnética? Solo Dios lo sabe... Pero desde que vió á Octavio, se detuvo como asustada, y pareció querer huir: este último vió su movimiento, y se adelantó á su encuentro.

— ¡Margarita! exclamó con una voz agitada por mil diversos sentimientos, ¡Margarita... soy yo... Octavio! ¡Octavio!

Hubo en el tono con que lo dijo una cosa tan profundamente conmovedora, que Margarita se detuvo en el momento de alejarse, aproximándose á su amante.

— ¡Octavio! exclamó cruzando los brazos sobre su pecho como para comprimir los latidos de su corazón. ¡Octavio... será posible!... ¿no me engañais?

Octavio estaba ya á su lado, y oprimia sus manos entre las suyas.

— ¿Yo... yo engañaros? dijo con tono embriagado de alegría. ¡Oh! Margarita, ¿no me reconocéis pues, ó no me amais ya?

— Sí, sí, os reconozco; sois el que creia perdido, quien tal vez me habrá olvidado.

Y Margarita miraba á Octavio con un aire de dulce reproche, y el jóven no podia dejar de contemplarla entusiasmado.

Este último lo habia olvidado todo: al viejo Tanneguy, á Horacio y Erico el mendigo; daba gracias á Dios con toda la efusion de su corazón de haber dado á Margarita bastante lucidez para reconocerle y amarle aun, aunque solo fuese por un segundo.

— ¡Si supiéseis, Margarita, dijo pasados algunos minutos de muda contemplacion, si supiéseis qué desgraciado he sido desde nuestra separacion! ¡Qué solo y triste me he encontrado, y cuántas amargas lagrimas he vertido por nuestro perdido amor! Os he buscado en Lanmeur, pero habiais partido, y nadie ha podido decirme qué direccion habiais llevado; y yo os amaba, Margarita, y mas de una vez vino á mi imaginacion el pensamiento del suicidio.

— ¡Octavio! exclamó la jóven acercándose mas á su amante con terror.

— ¿Y creéis que no era preferible cien veces la muerte á la existencia que he llevado hasta el dia? Estaba solo en el mundo y temia no volveros á ver. ¡Pobre Margarita!... ¡ah!... ¡tambien vos habeis debido sufrir mucho!

Una sonrisa de inefable dulzura asomó á los labios de la jóven.

— ¿He sufrido? respondió clavando su hermosa mirada en la frente de Octavio, ya no lo recuerdo. Al partir quedé tan sola como vos; como vos he llorado un amor perdido. El porvenir se nubló ante mis miradas, solo habia en derredor mio una profunda y triste soledad... Pero á pesar de todo, tenia confianza en Dios, en mí, en vos mismo. No podia creer que me olvidarais; tenia esperanza siempre y os esperaba.

— ¡Amada Margarita!

— ¿Cómo ha sido esto? ¿quién dió esta fe á mi corazón? ¿en qué consiste que no me he desesperado? lo ignoro. Dios ha bendecido mi valor, y hoy, en el momento que os vuelvo á ver, me parece que han pasado como un sueño estos dos años de ausencia, y quiero recordar en vano que he sufrido y llorado.

Octavio no respondió, pero su corazón se oprimió dolorosamente. Las palabras de Margarita le hicieron recordar la realidad de su situacion; una sola palabra bastó para abrir de nuevo el insondable abismo que los separaba. Los vanos esfuerzos que hacia la jóven para reedificar este pasado que acababa de recorrer sin dejar en su memoria ninguna huella, probaban el estado de su razon: era un mal sin remedio; la pobre niña estaba loca, loca como Ofelia.

Octavio se estremeció.

— ¿Y me habeis perdonado? replicó al cabo de un rato?

— ¿Y podria no hacerlo?

— ¿Me amais siempre?

— Siempre, Octavio.

Hubo un momento de silencio; Octavio luchaba contra sus propias impresiones, queriendo aun engañarse á sí mismo.

— Cuando dejásteis á Lanmeur, ¿vinisteis á habitar esta hacienda?

— Sí.

— Me han dicho que salís poco.

— Mi padre me lo ha prohibido.

— ¿Porqué?

— Lo ignoro.

— ¿Y no habeis intentado nunca saber la razon de esta singular clausura?

— Nunca.

— ¿Qué haciais pues?

— Esperaba.

Octavio se calló; no sabia qué pensar; estas respues-

tas estaban hechas con tono calmoso y natural; ellas destruian sus convicciones, llevando otra vez la duda á su corazón.

Una hora pasó así; la luna apareció en el horizonte, y sus palidos rayos se deslizaban dulcemente por las sombrías calles. Por todas partes reinaba un profundo silencio, turbado solo por el lejano murmullo del Océano sobre las rocas. Octavio y Margarita estaban profundamente conmovidos.

Por fin llegó la hora de separarse. Margarita temia que fuese notada su ausencia; su padre era severo; guardaba rencor á Octavio; era preciso marchar.

La jóven se levantó; estaba bella y sonriente; su mirada brillaba de amor y pudor contenidos; tendió con abandono sus manos á Octavio.

— Octavio, le dijo con voz conmovida, ¿quereis hacerme muy dichosa, y que os ame como en los hermosos dias de nuestro pasado?

— ¡Oh, hablad, hablad! dijo Octavio besando con loco ardor las manos de Margarita.

— Pues ved mañana á mi padre, y obtened de él vuestro perdon y el mio.

Y al decir estas palabras le hizo una señal de despedida, desapareciendo por la calle que conducia á la granja.

Una hora despues llegaba Octavio á su morada con la cabeza trastornada y las ideas mas irresolutas que nunca, refiriendo á Horacio lo que acababa de sucederle.

Horacio venia de ver á Tanneguy, y parecia muy preocupado cuando llegó Octavio. Escuchó con profunda atencion lo que dijo este último.

— Entonces, dijo, ¿habeis visto á Margarita?

— Sí, respondió Octavio.

— ¿Y partiremos mañana?

— Y qué, ¿quereis que la abandone en el momento de encontrarla?

— Pero ¿qué esperais?

— No sé.

— Rara vez se ha visto á muchos locos recobrar la razon.

— Pero Margarita me ama.

— ¡Eh! querido amigo, ¿quereis que os hable con franqueza?

— Hablad.

— Pues bien, temo que no experimenteis por Margarita mas que esa simpática piedad que naturalmente inspira todo ser que sufre; habeis amado á esa jóven con el ardor que inspira una pasion de veinte años, y hoy que la volveis á encontrar, vuestra generosidad se exalta y os dejais llevar por el lado caballeresco, de la palabra que os impusisteis. Octavio, creedme, consultad bien con vos mismo antes de internaros mas por esta via; pensad que Margarita está loca, y que tal vez no recobre nunca la razon; solo Dios puede hacer el milagro de volvéroslo tal como la habeis conocido y amado. Dejad al padre Tanneguy en la soledad en que vive con su hija; recobremos nuestro traje de viaje, y apresurémonos á volver á Paris donde nos esperan hace ya mucho tiempo.

Octavio habia escuchado sin hacer la menor observacion; cuando concluyó de hablar su amigo, le cogió las manos apretándolas con afecto.

— Gracias, le dijo con tono serio y grave; gracias, amigo mio; acepto como debo vuestros consejos, pero no puedo seguirlos. El amor que profeso á Margarita nació el dia en que por primera vez sentí latir mi corazón; este amor solo acabará con mi vida. Ved hasta qué punto os habeis engañado en este caso; me ha venido una idea, tal vez extraña, loca, que el mundo juzgará á su modo, pero á cuya realizacion consagraré mi vida.

— ¿Y esa idea? preguntó Horacio cambiando repentinamente de tono.

— Es pedir á su padre la mano de Margarita.

— ¿Quereis casaros?

— Sí, amigo mio.

— ¡Una loca!

Octavio sonrió.

— Dios no hace ya milagros; pero hay un sentimiento que aun puede hacerlos.

— ¿Cuál?

— El amor.

VIII.

El dia siguiente por la tarde partió Octavio de Conquet encaminándose á casa de Margarita.

Una parte del dia la pasó hablando con Horacio, y ninguna observacion de este pudo quebrantar sus resoluciones.

Octavio partió lleno de esperanzas.

Sin embargo, aunque tenia una entera confianza en la amistad y desinterés de Horacio, algunas palabras dichas por este último en sus largas conversaciones, le habian inspirado singulares dudas.

Octavio hablaba de Margarita y explicaba por la centésima vez la hora que pasó á su lado, y con qué lucidez habia respondido á sus preguntas.

— Será el amor que empieza á hacer milagros, dijo con tono irónico Horacio.

— ¿Habeis visto á Margarita?

— Una vez.

— ¿Y qué pensais de su estado?

— La medicina no acierta algunas veces, y os confieso que vacilo en pronunciar mi opinion sobre esta jóven.

— ¿Cómo?

— ¡Ah! Nada sé, amigo mio: generalmente me conceden algun mérito en la facultad; he salvado á muchos desgraciados que habian declarado incurables, y he hecho milagros, segun dicen, yo, que no creo en los de otro: pues bien, hablando francamente, el rato pasado con Margarita me ha hecho dudar de mí y de la ciencia.

— Explicaos, dijo Octavio que escuchaba con ansiedad.

Horacio se recogió un momento en sí mismo, despues volvió á tomar la palabra:

— Ved, respondió con voz lenta, como si pesase cada una de sus palabras, la locura se manifiesta de ordinario por conocidos indicios que ha clasificado la medicina, y que por vos mismo habeis podido observar; todos los locos tienen la sonrisa contraída, la mirada vaga y fija, el gesto brusco; su voz es gutural; andan de un modo particular; escuchan sin oír ú oyen sin escuchar; todo el mundo sabe esto, y estas observaciones son elementales. Pues bien, en Margarita no he encontrado ninguno de estos indicios.

— Es verdad, dijo Octavio.

— Y sin embargo la considero mas como médico curioso é indiscreto que como ciego enamorado. Las miradas de Margarita tienen una transparencia virginal, su actitud es graciosa, su voz dulce y tierna: escucha muy bien lo que se le dice, y cosa rara, la he visto sonrojarse cuando me acercaba á ella.

— Pero ¿qué opinais de estas observaciones?

— ¡Sonrojarse! continuó Horacio; ¿habeis visto alguna vez sonrojarse á un loco? Esto es imposible; y si Margarita está realmente loca, escapa á todas las observaciones hechas hasta el dia, y su locura debe ser incurable.

Y adelantándose hacia la mansion de Margarita, repasaba Octavio en su memoria los menores detalles de esta conversacion, sintiendo cada vez mas esperanzas.

Era ya de noche cuando llegó á la granja. Una anciana criada le salió á abrir introduciéndole en una sala baja que daba al patio de entrada. Margarita no tardó en llegar. Estaba sola, y Tanneguy no volvia hasta muy tarde. La jóven le acogió sonriendo y alegre.

— ¿Sois vos, Octavio? dijo tendiendo sus manos al jóven, ¿no es pues un sueño? ¡Oh! temia ya no volveros á ver.

— Pronto hará dos años que os busco, respondió Octavio.

— ¿Dos años?

— Y nadie me daba razon de vuestro paradero.

— Así lo ha querido mi padre. Está muy irritado con vos, y esto me ha hecho muchas veces llorar.

— ¡Querida Margarita!

Octavio miraba á la jóven con profunda atencion, tratando de descubrir en su rostro algunas huellas de una locura reciente; pero sus investigaciones fueron sin resultado. Nada turbaba en este momento la alegre serenidad de Margarita.

Octavio la tomó una mano, y aunque la confianza renacia en su corazón, una nube pasó ante sus ojos.

— Margarita, dijo con voz conmovida, he resuelto hablar á vuestro padre; le diré cuánto os amo, que dispongo de mi nombre y mi fortuna, y mi sola ambicion es partir con vos uno y otro. ¿Creéis que rehusará?

— Tal vez, respondió Margarita.

— ¿Porqué ese temor?

— ¡Oh! no es por vos, Octavio, es por mí.

— ¿Porqué?

— El pasado nos lo muestra.

— ¿No lo he expiado bastante?

— Es verdad.

— Vos misma me habeis dicho que os ha sido muy dolorosa esta separacion.

— Decid cruel, Octavio. Estabamos solos, lejos del mundo, con el Océano y esta playa desierta por todo horizonte... ¡Ah! bien podria contar dia por dia las tristezas de estos dos años.

— Es posible.

— Mi padre no queria dejarme salir; tomaba mil precauciones para que no fuese vista de nadie. Temia vuestra presencia, y raras veces he pasado los limites de nuestro jardin.

Octavio no contestó; las últimas palabras de la jóven despertaron en su imaginacion dudas extrañas; comprendia vagamente la verdad, pero le hacia temblar la idea de que podia engañarse.

— Y en estos dos años, preguntó con ansiedad, ¿no ha pasado nadie los limites de vuestra morada?

— Nadie.

— ¿Y recordais dia por dia vuestras penas y enojos?

— Perfectamente.

— ¿Y no hay ninguna duda en vuestros recuerdos?

— Ninguna.

— ¡Es extraño!

— ¿Qué teneis?

— Me habian dicho...

— ¿Qué?

— Perdonad, Margarita, perdonadme estas preguntas; pero os amo como el primer dia, y este amor permanecerá puro é inalterable mientras viva, en mi corazón... Pues bien...

— Hablad.

— Me han dicho que al dejar á Saint-Jean-du-Doigt, una cruel enfermedad... qué sé yo... el delirio...

Octavio no se atrevió á acabar; temblaba despertar por una palabra imprudente los pasados sufrimientos de la jóven, y levantó hacia ella una mirada temerosa y turbada.

Margarita sonreia.

— No me extraña lo que decís, Octavio, pues no sois la primera persona que me habla así.

— ¿Es verdad?

— Este rumor no es nuevo para mí, y hasta han querido pretender que estaba loca.

Octavio tembló, y un sudor glacial empapó sus cabellos.

— ¡Loca! repitió apretando en las suyas las manos de Margarita.

La actitud de Margarita era dulce, calmada y reposada; una amable sonrisa despejaba su rostro, y sus ojos brillaban de inteligencia y candor.

— Ignoro el motivo de esparcirse ese rumor; el aislamiento en que vivo hasta cierto punto ha podido autorizarlo, y nada he hecho para impedirlo.

— Pero Tanneguy, dijo Octavio.

— ¿Mi padre?

— El, al menos, debía haber tomado sus medidas.

Margarita movió dulcemente la cabeza a estas palabras y miró a su alrededor, como temiendo que la oyesen.

— Octavio, dijo entonces con voz baja y misteriosa, tengo una sospecha en mi corazón hace dos años; ¿queréis que os la confíe?

— Decid, ¡oh! decid.

— Pues bien; mi padre ha sido herido dolorosamente por el acontecimiento de Saint-Jean-du-Doigt; se vio precisado a vender la granja y renunciar a sus costumbres, a sus amigos; a abandonar un país donde dejábamos la tumba de mi madre. Esta necesidad ha agriado su carácter y perturbado su razón, y he pensado con frecuencia que el mismo ha esparcido este ruido, con el objeto de alejar a los curiosos e indiscretos.

Al acabar estas palabras, un gran grito resonó en toda la granja, rodeándola una espesa nube de humo.

La anciana criada se presentó a los dos amantes llena de espanto.

— ¡Que Dios nos proteja! exclamó al ver a la joven; la granja está ardiendo.

— ¡Ardiendo! dijo Margarita.

— ¡Ardiendo! repitió Octavio.

Y los dos se lanzaron fuera llenos de espanto y ansiedad.

El incendio había hecho rápidos progresos en pocos minutos. El fuego encontró en la granja terrible alimento, y las llamas subían con actividad a lo largo de las paredes, devorando las pizarras, destruyendo el techo de paja, y lanzando hacia el cielo nubes de humo y chispas.

Un incendio es un temible acontecimiento; pero en el campo, lejos de todo socorro organizado, tal siniestro adquiere proporciones considerables en pocos segundos. Se había enviado a Conquet pidiendo auxilios, y nadie llegaba. Margarita pensaba en su padre; esta granja era toda su fortuna, el incendio amenazaba llevarse su último recurso y reducirlos a la miseria.

Sin embargo, el granero que devoraban las llamas estaba bastante lejos del edificio, y se podía esperar que se cortaría el incendio falto de alimento. Octavio hizo esta observación a Margarita; pero esta esperanza duró poco, pues en el momento que disminuía la intensidad del fuego por el lado del granero, se iluminó la casa con los rojos y sangrientos resplandores del incendio.

Todos los asistentes arrojaron a esta vista un grito de rabia y desesperación.

Sus esfuerzos eran inútiles en adelante; la malevolencia había encendido el fuego y lo entretenía con una actividad impía y cruel.

Margarita se sentó abrumada de dolor en el umbral del patio, y Octavio, silencioso y triste, se colocó a su lado.

No se atrevían a comunicarse sus pensamientos; su alma entera se abandonaba al dolor del momento.

De repente, Octavio y Margarita se volvieron temblando.

Detrás de ellos se dibujaba la nerviosa silueta de Tanneguy, al que servía de cuadro la puerta del patio.

Estaba pálido; sus largos cabellos grises caían húmedos y tiesos a lo largo de sus sienes; se apoyaba en su bastón y miraba.

Margarita se acercó más a Octavio, muda de espanto y como petrificada; pero su amor filial la reanimó; comprendió que nunca había tenido su padre mas necesidad de una simpatía ardiente y desinteresada que en este momento en que los restos de su fortuna se destruían con las últimas llamaradas del incendio; dominó el espanto que la helaba, y separándose de Octavio fué a arrojarle en los brazos de su padre.

— ¡Padre mio! ¡padre mio! exclamó llorando, y presentó su frente a los besos del anciano.

— Margarita, añadió este último con voz temblorosa; esta es la última y suprema prueba. Dios quiera darnos fuerzas para soportarla.

— Yo trabajaré, padre mio, dijo Margarita con filial ternura.

Tanneguy la miró un momento con amor, y posó los labios sobre su frente; dos lágrimas corrieron al mismo tiempo por sus flacas y arrugadas mejillas, y la oprimió algunos segundos contra su pecho sin poder proferir una palabra.

— ¡Pobre niña! dijo al cabo de un rato, tú habías sido ya bastante desgraciada. Esta nueva desgracia te matará, si no me lleva a mí también. ¡Ah! ¿porqué habremos abandonado el suelo donde reposa tu madre?

Tanneguy pasaba a otro orden de ideas cuando su mirada se detuvo sobre Octavio.

Esto fué como un rayo.

Sus cejas se fruncieron, un movimiento nervioso con-

trajo sus másculos, y un sofocado gemido salió de su pecho.

— ¿Vos aquí, señor conde? dijo con sangrienta amargura; ¿con qué derecho habeis osado penetrar en esta granja, cuando os prohibi pasar sus umbrales?

Octavio quiso hablar; Tanneguy le impuso silencio con un gesto de autoridad.

— Callaos, caballero, dijo con voz que la cólera hacia temblar, pues tal vez sea hoy el día de la justicia. Yo nada os había hecho; y desde el momento que entrásteis en mi mansión, han penetrado en ella la vergüenza, la desgracia y la desesperación. Callaos, os digo, pues si solo escuchase la cólera que hierve en mi pecho, tal vez habría a esta hora en Bretaña un conde menos y un criminal mas.

Y como al hablar así apretase de un modo terrible su bastón que le tenía al brazo con una correa de cuero, como sus ojos se inyectasen de sangre, y podía suceder una desgracia, Margarita se arrojó otra vez a su cuello y quiso apartarle del lugar de la escena.

— ¡Dejadme! dijo el anciano rechazando rudamente a su hija. Y ahora, señor conde, responded de seguida y sin dudar: ¿Qué habeis venido a hacer en esta granja y a esta hora?

Octavio se acercó al anciano, estaba conmovido, pero no temblaba.

— Tanneguy, respondió con voz firme, tal vez he sido la causa de las desgracias que habeis experimentado en estos dos años que acaban de pasar; yo amaba a Margarita, y no pensaba entonces que ningun obstáculo humano se opusiese a nuestra unión. ¡Si supiéseis cuantos dolores he pasado! He sufrido sin acusar a nadie: Tanneguy, durante este tiempo de prueba, mi amor no ha disminuido un segundo, y ahora como entonces, vengo con la misma sinceridad y confianza a pedirlos la mano de Margarita.

— ¿Su mano? preguntó con tono irónico Tanneguy.

— Margarita me ama y soy libre.

— ¿Qué decís?

— Digo que mi madre, la condesa de Kerhor, ha muerto, y que no tengo otra ambición que ser esposo de Margarita.

Al concluir Octavio estas palabras, llegó Horacio de Conquet, con brazos suficientes para apagar el incendio; pero estos socorros llegaban un poco tarde, pues algunos minutos después la granja de Tanneguy no era mas que un montón de cenizas.

IX.

Algunos días después, el viejo Tanneguy y su hija se encaminaban, el primero a pie y la última en un caballo, de la isla de Ouessant hacia Saint-Jean-du-Doigt. Uno y otro iban diversamente agitados.

Tanneguy pensaba que iba a ver de nuevo la tumba donde reposaba su mujer, a su anciano amigo el abate Kersaint, y que en adelante podía habitar en la playa.

Margarita repasaba los acontecimientos de los últimos días; veía a Octavio sintiendo una emoción desconocida, extraña, cuando pensaba que dentro de algunos días sería la mujer del joven conde de Kerbor.

Los dos eran dichosos, dichosos con su reciproca felicidad.

Todo estaba preparado para recibirlos. El abate Kersaint les salió al encuentro, y pasaron esta noche en el presbiterio.

Al día siguiente llegaron al castillo de Kerbor. Margarita era amada en el país, y todos la vieron llegar con alegría; los pobres de las cercanías corrían a su paso para festejar su vuelta.

Se instalaron en el castillo, y algunos días después fué bendecida por el venerable Kersaint la unión de Octavio y Margarita.

¿Qué hemos de añadir a lo que precede? nada, sino que Margarita fué tan dichosa como puede serlo una mujer sobre la tierra; que el padre Tanneguy se iba extinguiendo lentamente en una vejez exenta de cuidados, y el abate Kersaint continuó siendo por mucho tiempo el consuelo de los desgraciados que sabían el camino del presbiterio.

En cuanto a Erico el mendigo, tuvo un fin natural y fácil de prever.

Había sido señalado a la autoridad hacia algun tiempo, por sospechas de hechos equivocados; fué detenido algunos meses después como autor del incendio de la granja, y reposa hoy tras las negras paredes de una prisión.

Se aseguraba que había formado parte de un convoy con destino a Cayena.

P. Z.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Los últimos cascabeles del carnaval. — Bailes de máscara. — Tres trajes célebres de alta novedad. — La cena del Figaro. — Ausencia completa de novedades en punto a modas masculinas. — Una carta fechada en Méjico que da noticias sobre los vestidos de los niños en Guadaluja. — Descripción del figurin de este número.

Paris agita los últimos cascabeles del carnaval. Mañana es la cuaresma. Por lo mismo que el carnaval ha sido muy corto, se ha bailado a mas y mejor en los Ministerios, pero ha habido

pocos bailes en el gran mundo. Mas de un salon aristocrático ha estado cerrado. ¿Porqué? Los unos han permanecido en sus palacios campestres, los otros han persistido en no divertirse; estos estaban de luto, aquellos pensando en la economía se han abstenido de dar fiestas.

Sin embargo, con motivo del carnaval se han anunciado muchos bailes de máscara, y principalmente en el ministerio de Negocios extranjeros, en casa de la duquesa de Morny, y en casa de la duquesa de Bassano. Ha sido como un desafío a quién llevará un traje mas extraño.

Los hombres recurren a los trajes históricos, y las señoras a los trajes de fantasía.

Todo caballero que se cree buen mozo no vacila en vestirse como aquellos grandes señores de otro tiempo que conquistaban el corazón de todas las hermosas. El aficionado al placer por el placer, se disfraza con un traje grotesco. Y por último, el enemigo de disfraces, se contenta con ponerse encima la capa veneciana.

En cuanto a las señoras es muy diferente.

Todos estos días su única preocupación ha sido hallar un traje original, extraño y brillante cual ninguno.

Se ha puesto en juego una diplomacia digna de M. Thiers, para saber qué traje llevaría tal señora, pues se trataba de no presentarse como ella.

Con una osadía que parecería increíble, se han vestido de pages Luis XIII, como en los *Mosqueteros* de Alejandro Dumas. Es imposible probar de un modo mejor que se tienen formas admirables.

Tres trajes femeninos inventados por Gagelin, merecen una descripción detenida. Gagelin está muy de moda para los vestidos de corte y de calle.

El primero representa nada menos que la salida de la aurora.

El bajo de la primera falda está alumbrado con los primeros rayos de luz matizados de rosa y oro. Todo un enjambre de flores resplandecientes con las perlas del rocío se entrecruzan con la coquetería de una joven que se despierta, como llamando las tiernas caricias del sol a su salida.

Luego las ondas de gasa suben hacia el talle haciéndose mas indecisas y tenebrosas. Es la media luz y casi la noche con un velo azulado y pardo. Una sola estrella, la última del firmamento brilla sobre la frente de la Aurora. Una faja de gasa suelta corre sobre las ondas de la falda y parece ahuyentar los vapores nocturnos.

Cuando Proudhon pintaba la Aurora, no dió mas finas pinceladas que Gagelin.

El segundo traje figura el de la Margarita del *Fausto*.

No hay mas que echar una ojeada al cuadro de Ary Scheffer, para ver la invención de Gagelin. El uno es el recuerdo del otro. Margarita irá al baile en vez de entrar en la iglesia. ¡Pobre Margarita!

El tercer traje es sumamente extraño.

Preciso es remontar muy lejos en la historia para hallar su modelo, y referirse a la época de Carlomagno, emperador de Occidente.

Para vestirse de princesa carlovingea es preciso poseer la audacia y la distinción suprema que exige esta vestidura, que se compone de una túnica de terciopelo rubí con estrellas de plata dibujando todos los contornos del talle. Un ancho cinturón de oro sostiene la túnica.

Debajo flota una falda de fino lienzo de Holanda.

Una larga capa de terciopelo azul forrada de paño de oro va prendida sobre el hombro con un broche antiguo copiado de las joyas de la época. En la cabeza la diadema típica con dos largas plumas, una blanca y otra encarnada.

Nada mas ostentoso y soberbio.

La capa carlovingea y esa falda flotante requieren aun mas dignidad en la apostura y en el andar que el largo manto de corte.

Hé ahí lo mas notable que se ha visto este año en las fiestas de carnestolendas.

Y entre las fiestas célebres de la temporada llama extraordinariamente la atención la cena de Figaro.

Figaro se propone dar a cenar a los artistas y a todas las personas del gran mundo que quieran contribuir con su escote.

Dios sabe, ó mejor dicho, sábelo el diablo, las agudezas que se dirán en este banquete entre las copas de vino de Champagne.

Antes de la cena, Figaro llevará a sus 150 convidados al teatro de los Bufos Parisienses, para que oigan la opereta de Offenbach titulada: *Bavards et Bavardes* (Parlanchines y parlanchinas) a fin de que lleguen inspirados al banquete y sigan el ejemplo en casa de Peters, el Vatel del pasaje de los Príncipes, que es donde debe tener lugar la fiesta.

Concluida la cena, M. Lemerrier de Neuville dará una función con sus *pupazzi*, que están muy a la moda, y que a decir verdad, aunque son de madera, tienen mas talento que muchos personajes de carne y hueso.

Estos pupazzi no pueden ser mas divertidos. Hacen las caricaturas de las celebridades contemporáneas tan bien como Gavarni, Daumier y Carjat.

La mayor parte de los convidados al banquete nocturno se reconocerán y se reirán como locos unos de otros.

— ¿Y qué tenemos de modas masculinas? se me preguntará. Ausencia completa de novedades en toda la línea... de la elegancia.

Las modas de primavera no han aparecido aun; quizá las primeras carreras de caballos que pronto se anunciarán, darán a luz alguna novedad fashionable.

He recibido de Méjico una carta firmada por el conde de H..., capitán de los cazadores de Africa, que ha tenido la bondad de describirme el traje que usan los niños en Guadaluja.

Este traje se compone de una blusa de terciopelo escotada y guarnecida de un cuellecito vuelto de guipure. Las mangas anchas no llegan sino hasta el codo, y dejan ver una camisa hueca cuyas mangas se cierran en la muñeca. Esta blusa se ajusta al talle con un cinturón, y llega hasta lo alto del muslo.

El pantalón de paño gris claro ó de nankin es muy ancho y



Ceremonia de los funerales del almirante Hamelin en la iglesia de los Inválidos.

llega á la rodilla orlado con una banda de terciopelo negro. Por consiguiente, deja la pierna á descubierto.

Medias blancas y unos lindos borceguíes negros de piel muy fina con tacones altos completan el traje.

Esta vestidura es tan graciosa y tan cómoda, añade el amable capitán de cazadores que tiene á bien hacerse cronista de modas por agradarme, que debería ser adoptada en Francia, el país clásico de la elegancia y el buen gusto.

Tales son las noticias que he recibido y que os comunico para vuestros niños, si es que vuestro gusto está conforme con el del capitán H ***.

En cuanto á actualidades fashionables, el paletó á la inglesa sigue siempre en boga, con el chaleco derecho sin cuello para traje de mañana.

Terminaremos con la descripción del figurín, que representa trajes de la temporada.

El primer personaje lleva una jaqueta de paño castaño bronceado con respuntes aparentes en la espalda.

Estas costuras simuladas constituyen una novedad, pero no se piensa que se adopte; es un simple ensayo.

La forma de esta jaqueta se parece á la del Dorsay, aunque no lleva mas que una hilera de botones.

Chaleco de fantasía alto, derecho y de pequeño chal.

Pantalón de cuadritos blancos sobre negro y gris.

Corbata de raso azul. Guantes cuero de Rusia.

El segundo personaje lleva la levita clásica de paño negro con dos hileras de botones.

Esta levita está ajustada por detrás y va suelta por delante.

El pantalón y el chaleco son de satén lana del mismo color, gris acero. Corbata azul con sortija, y guantes maíz.

El tercer traje es todo de fantasía.

Compónese de un paletó á la inglesa con un chaleco alto y un pantalón de cuadros anchos. El corte de este pantalón es un poco holgado y no lleva trabillas.

El último traje es de un niño de ocho años, que quiere tener ya un airecillo de hombre.

La chaquetilla y el pantalón son de paño ligero gris, y el chaleco es de terciopelo azul como la gorrita rusa, que lleva una gruesa escarapela de terciopelo azul y ala de plumas blancas.

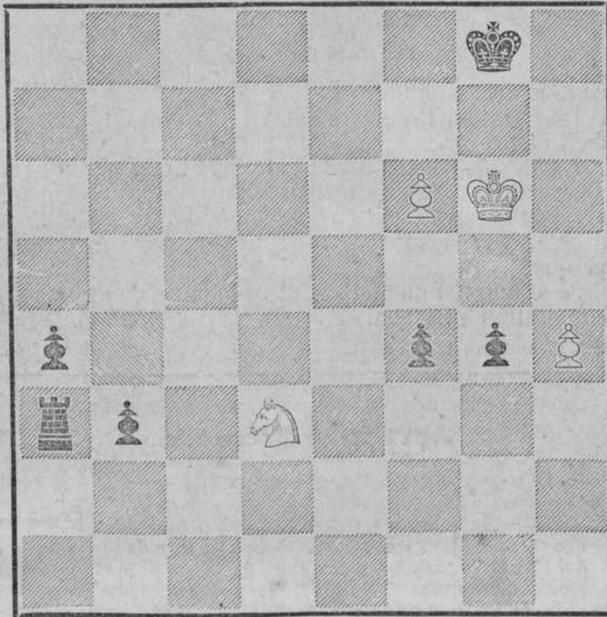
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 98.

- 1 Ra 8ª Ra jaque R come Ra
- 2 T 6ª Ra jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 99, POR M. D. LEWIS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

La chaquetilla de dos hileras de botones, es muy corta, no lleva cuello, y las solapas están llanas.

El chaleco es largo, derecho y sin cuello.

El pantalón de una especie de nicobobo, va adornado en la costura con una hilera de botones de terciopelo. Botines del mismo color que el pantalón y zapatos de charol.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Exequias del almirante Hamelin

EN LA IGLESIA DE LOS INVALIDOS.

El jueves 21 de enero han tenido lugar en la iglesia de los Inválidos los funerales del almirante francés Hamelin, gran canciller de la Legion de Honor, que ha fallecido á la edad de sesenta y ocho años.

El cuerpo del almirante habia sido trasladado dos dias antes en la noche y sin ceremonial, de la gran Cancillería á la iglesia de los Inválidos. Conducian el duelo los dos hijos y el yerno del gran canciller, y tenian los cordones del féretro M. Chasseloup-Laubat, ministro de Marina, M. Baroche, ministro de Justicia, el mariscal Vaillant y el vicealmirante Trehouart.

El Senado, el Cuerpo legislativo, el Instituto y el cuerpo de marina estaban representados por numerosas diputaciones.

Una compañía de contramaestres de marina que habia venido de Cherburgo hacia el servicio de honor, y concluida la misa, estos marinos llevaron el féretro á la bóveda donde tenia que depositarse, pues el almirante Hamelin debe ser enterrado en los Inválidos.

Despues de la misa y antes de bajar el féretro á la bóveda, la tropa de servicio desfiló ante los despojos del almirante, llevados en un carro con seis caballos á la puerta del edificio. Al principio y al fin de la ceremonia hubo una salva de once cañonazos. P. P.